

GARCÍA DE VILLALTA, JOSÉ (1803-1839)

EL ASTRÓLOGO DE VALLADOLID

(Comedia histórica en cinco actos y en verso)

PERSONAJES

DON ENRIQUE IV DE CASTILLA.
DON ANTONIO VENERIO, obispo de León, legado del Papa.
EL INFANTE DON ALONSO, su hermano.
EL OBISPO DE CALAHORRA.
DON JUAN DE PACHECO, marqués de Villena.
EL DUQUE DE ALBURQUERQUE.
DON PEDRO JIRÓN, maestre de Calatrava, su hermano.
DON JUAN DE VARGAS.
DON ALONSO FONSECA, arzobispo de Toledo.
ABIABAR, médico y astrólogo judío.
DON DIEGO MANRIQUE, conde de Treviño.
DON FERRÁN CALVO, recién nombrado paje del rey.
DON BELTRÁN DE LA CUEVA, conde de Ledesma.
EL LICENCIADO FRANCISCO JIMÉNEZ
DE CISNEROS.
EL CONDESTABLE DE CASTILLA.
LA REINA DE CASTILLA.
EL CONDE DE ÁLAVA.
LA INFANTA DOÑA ISABEL, hermana del rey.
EL CONDE DE PLASENCIA.
DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA, dama de la infanta.
DON FERRER DE LANUZA, enviado de Aragón.
DOÑA GUIOMAR, favorita del rey.
DON JUAN BIAMONTE, enviado de Navarra.
UJIERES que hablan, SOLDADOS y
CABALLEROS de la corte.

La escena se supone en Madrid, en los primeros tres actos; el primer cuadro del cuarto pasa en Burgos; el segundo también en Madrid, y en Valladolid el último acto.

ACTO PRIMERO

Suntuosos jardines del palacio de don Beltrán de la Cueva.

Escena I

EL ASTRÓLOGO ABIABAR, EL LICENCIADO JIMÉNEZ.

ASTRÓLOGO

Seguidme, buen licenciado.
No os asombren los soberbios
jardines de don Beltrán.
¿Visteis otros más amenos?
Un banquete a su monarca
y a los próceres del reino
hoy ofrece el potentado;
y está con la corte dentro
el rapaz de que os hablé.

LICENCIADO

Feliz destino es el vuestro
maese Abiabar, pues os abren
o por astrólogo excelso
o por médico feliz,
sus puertas los palaciegos;
los pobres sus corazones;
sus arcas los opulentos.

ASTRÓLOGO

Algo merece la ciencia
que busca al dolor consuelo
y sus arcanos arranca
a los futuros eventos.
Esperad aquí un instante,
mientras aviso al mancebo
que anhela vuestra amistad.
Es joven, bizarro, apuesto,
y aunque de escasa fortuna,
de elevado nacimiento.
De guerras lejanas viene,
donde probó con sus hechos
ser valiente al par que honrado
y al par que sagaz discreto.
Hoy es paje del monarca

por merced al valimiento
de don Ferrer de Lanuza,
el ilustre mensajero
de su alteza de Aragón.
Acogedle bien os ruego.

(Vase.)

Escena II

EL LICENCIADO.

EL LICENCIADO

Para ese doncel las trovas...

Jamás hice peores versos.

(Leyendo.)

Nobilísima doncella

más hermosa

que la rutilante estrella

del amor.

¡Musa traidora y mezquina

la que preside a mis metros,

pródiga si no la llamo,

avara si la pretendo!

Coplas desnudas de unción;

frialdad en los sentimientos;

mas... ¿qué beldad nacer pudo

de este acuitado cerebro,

en medio de la pobreza

que aferra y ata su vuelo?

Heme aquí, triste fantasma,

cruzando el mundo en silencio

y hacinando versos malos

sobre otros que no son buenos,

mientras los altos señores

por regios apartamentos

se ceban en la alegría

de banquetes halagüeños,

y apuran cálices de oro

sin que turbe su contento

esa miseria que ruge

por las cabañas del pueblo.

¡Plegue a Dios que Ferrán Calvo

no sea en letras muy experto!

Y que las trovas le agraden
por no entender los conceptos.
Favores debo a Abiabar,
y es justicia agradecerlos...
Allí vienen.

Escena III

EL ASTRÓLOGO, EL LICENCIADO y FERRÁN CALVO.

ASTRÓLOGO

Ved, seor paje,
el amigo que os presento.

FERRÁN

(Alargándole la mano al LICENCIADO.)

¡Gran merced! Seor licenciado,
aceptad mi mano os ruego
y la estimación con ella
que os ofrece un forastero.

LICENCIADO

Yo os lo agradezco, doncel,
y mi humildad os ofrezco.

ASTRÓLOGO

Sabed que es el licenciado
de toda mi amistad dueño.
Vile nacer, que pasaba
acaso a Torre Jimeno,
y hospitalidad sus padres
con agasajo me dieron.
Su horóscopo levanté;
y aunque indicaron los cielos
de algún príncipe inmortal
el natalicio y el tiempo
desmintió la profecía,
tiene generoso pecho,
no le abate la estrechez
en que su estrella le ha puesto,
y desde el pobre tugurio
sabe con altivo vuelo
su espíritu levantar
al celeste firmamento.

FERRÁN

Huélgome sobremanera,
Jiménez de conoceros.

LICENCIADO

Paréceme que a Abiabar
deslumbra su mucho afecto,
tal cual soy, tendré a lisonja,
doncel, serviros si puedo.

ASTRÓLOGO

Dad pues al paje las coplas;
yo no pude complaceros,
seor Ferrán, porque en las rimas,
a fe que no soy muy diestro.

FERRÁN

¿Ya las hizo el licenciado?

LICENCIADO

Lo menos mal que pudieron
componerse en solo un día.

FERRÁN

(Alargando la mano para tomarlas.)
A grande merced lo tengo.

LICENCIADO

Vedlas.

FERRÁN

Poco se me alcanza,
seor licenciado, de metros,
que en las armas, no en las letras,
hacer mis estudios suelo.
Declarádmelas vos mismo.

LICENCIADO

Con temor os obedezco.
(Leyendo.)
Nobilísima doncella,
más hermosa
que la rutilante estrella
del amor;
vos que en el rostro sois rosa

y en la pureza jazmín,
y diamante en el honor,
¿despreciaréis mi dolor,
o a mi cuita daréis fin?

FERRÁN

¡Bizarras trovas a fe!
Sois, Jiménez, más coplero
que el mismo cantor Macías.

LICENCIADO

Pero el fin...

FERRÁN

Le doy por bueno;
que aquí vine sin ser visto,
y a su alteza volver tengo
antes que note mi falta.

ASTRÓLOGO

No olvidaréis que os espero
a cenar conmigo a entrambos.

FERRÁN

(Dando la mano al licenciado.)
A Dios, amigo; hasta luego.

LICENCIADO

Doncel, a Dios.

ASTRÓLOGO

¡Ah! Seor paje,
cuenta con mis mandamientos;
mucho prudencia en palacio,
y no olvidéis los consejos
que os dio vuestro bienhechor
don Ferrán.

FERRÁN

Id satisfecho.

(Vanse el ASTRÓLOGO y el LICENCIADO. FERRÁN se entretiene en arrollar el pergamino, cuando ve a los interlocutores de la siguiente escena.)

Escena IV

FERRÁN, EL MARQUÉS DE VILLENA, EL MAESTRE DE CALATRAVA, EL
ARZOBISPO DE TOLEDO y otros señores.

FERRÁN

(Aparte, ocultando el pergamino de los versos.)

¡Cómo, el marqués de Villena

y el prelado de Toledo!

¡Juntos estos dos señores!

¿Acabaron ya sus feudos?

Acercarme debo un poco,

que quizá de sus intentos

a mí me interese mucho

averiguar el misterio.

(Se oculta entre los árboles.)

MAESTRE

Don Beltrán de la Cueva es a fe mía

regio en la cortesía.

¿Qué dijeran sus nobles ascendientes

si entre los candelabros resplendentes

le vieran festejar al soberano?

ARZOBISPO

¡Pobres palafreneros!

MARQUÉS

Sois, hermano,

mordaz a lo que veo.

ARZOBISPO

Yo aplaudirle deseo.

MAESTRE

Y yo ensalzar su fausto y su riqueza.

Si alzarán la cabeza

de Beltrán los abuelos,

volviéranse a morir de puros celos

viendo a su Beltrancico tan alzado.

ARZOBISPO

Dejemos ya al menguado.

Basta que nos regale en sus festines,

y entre damas y nobles paladines

vierta el oro que pagan los pecheros.

¿Mas qué sabéis, marqués, del condestable?
¿Es cierto que con otros caballeros
prepara rebeliones y que intenta...?

MARQUÉS

Así en Madrid se cuenta.
Ambiciosos proyectos, quejas vanas
que deshonran las canas
de todo un condestable de Castilla,
y de los condes de Alva y de Plasencia;
no extrañaré que presto la cuchilla
de la ley ponga coto a su insolencia.
(En voz recatada separándose de los otros señores,
que se pasean y hablan.)
¿Mas sabéis, arzobispo, de qué lengua
nació el falso rumor que en vuestra mengua
por la corte circula?

ARZOBISPO

¿Qué rumor, seor marqués? Nada he sabido.

MARQUÉS

Hay quien os acumula
parcialidad secreta en el partido
de los nobles rebeldes, y hay quien diga...

ARZOBISPO

¡Cómo! ¿Queréis ya rota nuestra liga
y la unión por los dos recién formada?

MARQUÉS

¿Por qué a sospecha tal daréis entrada?

ARZOBISPO

¡Dudar mi vasallaje!

MARQUÉS

¿Y cómo pudo
creer vuestra eminencia que lo dudo?
Mientras rivales fuimos, luché fuerte;
mas ya que quiso venturosa suerte
unirnos para el bien de la Castilla,
estimara mancilla
en mi lealtad y fe no preveniros
de que os asestan alevosos tiros.

ARZOBISPO

Aprendamos, marqués, en la experiencia,
y sepamos al fin que es imprudencia
no estrechar la amistad hoy prometida...
agradezco el aviso con la vida.
¿Mas qué piden al rey los caballeros?

MARQUÉS

Pídenle el fin de graves desafueros
que aquejan al estado,
por intestinas guerras devorado;
pídenle paz, buen orden y justicia,
arreglos en el clero y la milicia...

ARZOBISPO

¿Mas qué esconde la suplica en el seno,
que esos pretextos son...?

MARQUÉS

Yo los condeno,
pero ignoro su fin, que el condestable
fue siempre mi adversario.
Es fácil, variable,
amigo peligroso y mal contrario.

ARZOBISPO

¿Y ni aún juzgar sabéis por conjetura
de los rebeldes la intención segura?

MARQUÉS

En verdad, arzobispo, que no acierto.
No es más la sedición que un desconcierto
cuyos tumultos y sangrientas guerras
a los del condestable darán tierras
y ricos señoríos y castillos.

ARZOBISPO

¿Y no podrá su alteza reducirlos?

MARQUÉS

Si no pierde un instante,
pues la parcialidad es del infante.

ARZOBISPO

¿Del rapaz don Alonso? ¿Y qué desea?
¿De doce años contra el rey pelea?

MARQUÉS

Su maestrazgo parece que reclama.

ARZOBISPO

¿Y por eso encender la voraz llama
de nueva sedición en las Castillas?

MARQUÉS

Quitáronle sus villas
y a don Beltrán las dieron.

ARZOBISPO

Pero acaso...
El infante es de seso tan escaso...

MARQUÉS

Don Alonso quizá ni aun lo sospecha;
la armada sedición sólo aprovecha
de nuestro infante el nombre;
niño le aclama y le temiera hombre.

ARZOBISPO

¡No me asustan a fe los imprudentes
esfuerzos de esos pocos insurgentes,
si seguimos unidos,
ya, marqués de Villena, están vencidos,
y serán sus blasones y sus feudos
herencia a nuestros deudos;
ni habrá osado infanzón que en vano intente
contrastar nuestra fuerza omnipotente!

MARQUÉS

Nunca, arzobispo, se alzaré segura
esa fuerza futura
en tanto que la infanta...

ARZOBISPO

¿Y al marqués de Villena por qué espanta
esa doncella tímida y devota?
¿Pues acaso en Castilla no hay conventos?

MARQUÉS

Fuera para nosotros grave nota
y abono de los nobles descontentos;
que en ella ve Castilla la esperanza

de conservar su augusta dinastía,
y derrocar supiera la privanza
del que a Isabel a un claustro reducía;
a doña Juana llaman Beltraneja;
el niño Alfonso gobernar se deja
por el ayo más rudo.
¿Qué esperanza a la patria ni qué escudo
al trono le quedara
si Isabel en el claustro profesara?
De alevoso tachárase el proyecto,
y fuéralo en efecto.

ARZOBISPO

No concibo, marqués...

MARQUÉS

Vuestra eminencia
¿sostiene la influencia
de la infanta Isabel...?

ARZOBISPO

Ni lo he pensado.

MARQUÉS

¿Pues no habéis, arzobispo, contrariado
el enlace felice
que al rey de Portugal proponer hice?

ARZOBISPO

¿Y el influjo que os pesa de la infanta
dándole un soberano se quebranta?

MARQUÉS

Dejadla ser potente;
que salga de Castilla es suficiente.
Y si muriendo Enrique le pluguiera
a los nobles hacerla su heredera,
el buen rey portugués ¿no apelaría
de nosotros, señor, a la valía
para regir el reino?

ARZOBISPO

Sea en buen hora
Mas antes de ceder decidme ahora
si lidiaréis, marqués, por nuestra parte,
o bien si seguiréis el estandarte

de la armada nobleza.

MARQUÉS

Amor, deber, honor, delicadeza,
a la parcialidad del rey Enrico
unen mi espada y vida,
yo por él mi oro y sangre sacrífico,
quedando así cumplida
la obligación de noble caballero.

ARZOBISPO

Eso de vos espero.

MARQUÉS

Y si solo quedara,
sólo por don Enrique peleara,
contra vos, arzobispo, contra el mundo.

ARZOBISPO

De júbilo profundo
me llena esa promesa; ved mi mano.
Contad, marqués, de hoy más con un hermano.
Hablad ya de Isabel.

MARQUÉS

He recibido
del rey de Portugal mensaje nuevo,
según este designio concebido;
aquí sus cartas llevo.

ARZOBISPO

Dad, marqués de Villena,
y ya que siempre tuve a grave pena
combatir vuestras miras en la corte,
hoy me cumple probaros como amigo
que vuestro bien será mi solo norte.
Cuidad, empero, de tener conmigo
en presencia de todos aquel ceño
que antes nos apartaba.

MARQUÉS

Yo me empeño
en encubrir con áspero semblante
mi fe jurada y mi amistad constante.

Escena V

EL MAESTRE y dichos, menos EL ARZOBISPO.

MARQUÉS

(En voz muy baja.)

La ocasión vino ya de nuestro intento;
a caballo, Maestre; en el momento
hacia tierra de Burgos veloz parte,
y al condestable dile de mi parte
que alce sin más temer ya la bandera;
a caballo, mi hermano, no hay espera.

MAESTRE

¿Y el arzobispo...?

MARQUÉS

Adiviné su mente.

Con todos sus caudales y su gente
se opone a nuestras justas peticiones
por mentidas razones
de amor y de lealtad.

MAESTRE

¿Mas le entregaste...?

MARQUÉS

Papeles, sí, pero saber te baste
que son de Portugal. No ignoras cuánto
su éxito te interesa.

MAESTRE

Hermano, tanto
cual me importa vivir. Sin eso muero.

MARQUÉS

A caballo, Maestre; guarda empero
hasta Burgos prudencia consumada;
después resplenda al sol la dura espada.

(Vanse.)

FERRÁN

¡Danse marqués y obispo ya las manos!
A fe que mis temores no eran vanos.

(Retírase.)

Escena VI

Atraviesan la escena sucesivamente, y sin detenerse en ella más de lo preciso para decir sus partes respectivas, EL REY DON ENRIQUE, hablando con DON BELTRÁN DE LA CUEVA; LA REINA, acompañada por el MARQUÉS DE VILLENA; DOÑA GUIOMAR, favorita del rey, con EL ARZOBISPO DE TOLEDO; EL INFANTE DON ALONSO y LA INFANTA DOÑA ISABEL, acompañado aquel por FERRÁN CALVO, y ésta por DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA, su camarera. Sólo EL REY está cubierto. Siguen a la comitiva pajes, guardias y servidumbre.

ENRIQUE

Generoso te has mostrado
festejándome, Beltrán;
feliz el rey a quien sirven
vasallos de tu lealtad.

BELTRÁN

Señor, quien todo os lo debe
honra sirviéndoos se da.

ENRIQUE

Ya ves, marqués de Villena,
cómo está mi autoridad.
Dicen que mi condestable,
los Manriques y otros más
acuden con gente a Burgos.

MARQUÉS

¿Y qué intentan?

ENRIQUE

Suplicar
que mejor gobierne el reino;
que haya entre los nobles paz
que sus fueros se respeten.

MARQUÉS

Si quisiere contestar
vuestra alteza con la espada,
espero que aceptará
antes que todas la mía.

ENRIQUE

Sin ti, marqués, fuera mal
resolver tan grave punto.
Tú mismo te encargarás
de responder en mi nombre
a los de Burgos.

MARQUÉS

Se hará
como vuestra alteza manda.
Pero es preciso cortar
no sólo el miembro podrido,
sino la causa del mal.
También en la corte tiene
parciales la deslealtad;
pongámosle, señor, freno.
Ya sabéis que Portugal
tesoros y armas os brinda
con que podáis conjurar
de los nobles sediciosos
la violenta tempestad.
Doña Isabel, nuestra infanta,
podrá entonces domeñar
no la sedición de Burgos,
sino el poder colosal
con que Aragón y Navarra
humillan la majestad
de vuestra corona augusta.

ENRIQUE

Ya dije a Isabel que está
para ajustarse el tratado.
¡Sin ti, marqués, cuánto afán
el gobierno me costara!

BELTRÁN

(A la REINA.)

¿Permitido me será
señora, que de escudero
os sirva?

REINA

¡Sólo el pesar
me asedia en mi propia corte!
¡Qué rendido, qué galán

sirve todo un arzobispo
a esa tal doña Guiomar!

ARZOBISPO

(A DOÑA GUIOMAR.)

Sé que repugnancia os cuesta
sé que así vuestra beldad
carecerá de los triunfos
que alcanza de esa rival;
pero es forzoso, señora;
al monarca aconsejad,
que ya empeñé mi palabra
en pro del lazo nupcial.

GUIOMAR

Mas si el marqués lo desea,
vuestro adversario, ¿la paz
habréis hecho por ventura?

ARZOBISPO

Es forzoso contemplar
alguna vez a los grandes.
Vos, que hermosa sin igual
en el pecho del monarca...

GUIOMAR

Sois, arzobispo, mordaz.

ALONSO

(A FERRÁN.)

¿Ya justaste en Zaragoza?

FERRÁN

Pude ese honor alcanzar.

ALONSO

¿Y rompiste muchas lanzas?

FERRÁN

Cinco a caballo no más;
luego la espada sacamos.

ALONSO

¿Y venciste?

FERRÁN

Sin lidiar;
que fue cortés mi oponente.

ALONSO
¡Cuánto te envidio, Ferrán!

(Salen todos. Desde los bastidores se vuelven DOÑA ISABEL y DOÑA BEATRIZ a la escena.)

Escena VII

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

ISABEL
Vuélvete un instante; por estos jardines
de las puras auras gocemos en paz;
cáusanme fatiga justas y festines,
y esos cortesanos de fingida faz.

BEATRIZ
¿Qué dolor os turba? Decidlo, señora.
¿Perdió vuestro a precio la triste Beatriz?

ISABEL
¿Y qué, no es bastante verme a cada hora
de astutos ministros víctima infeliz?
Sagaces deslumbran a Enrique mi hermano;
cábalas mezquinas trámanle en redor,
y agora en rehenes le piden mi mano,
y agora la piden en signo de amor.

BEATRIZ
Sin duda, oh infanta, el nudo os desplace
con que al himeneo os van a estrechar.

ISABEL
Esa débil trama presto se deshace,
ni tal lazo nunca se podrá añudar,
que si el de Villena piensa por ventura
con el rey vecino pactos concluir
sé que el de Toledo de tal no se cura.

BEATRIZ
¿Y el qué, noble infanta, os puede afligir?

ISABEL

El prelado me ama.

BEATRIZ

Así lo imagino,
y aun sólo por eso no llego a entender
por qué vuestra alteza suspira contino,
por qué hasta su alma no llega el placer.

ISABEL

Beatriz, te confieso que en bárbara lucha
mi deberse traba con mi corazón,
y el entendimiento al alma no escucha,
ni el alma tampoco cede a la razón.

BEATRIZ

Todo lo penetro; no culpado, infanta,
al pecho que siempre os ha sido fiel.

ISABEL

Yo culparme debo de flaqueza tanta.

BEATRIZ

¿Pues quién más bizarro que el bravo doncel?
(Se estremece al oírle nombrar.)

ISABEL

Me embarga la lengua su nombre o su vista,
mas yo mi ternura lograré apagar.

BEATRIZ

¿Por qué, mi señora? ¿Cuando así resista
su imagen amada logrará olvidar?
¿No hubo muchos reyes...?

ISABEL

Ten, Beatriz, tu celo,
que tales palabras no escucha Isabel.
¿Por qué cuna pobre me ha negado el cielo?
¿Por qué regia cuna le ha negado a él?
Pensé que secreta mi mengua estaría,
que así nos deslumbra juvenil candor;
Ferrán entre tanto mi pecho leía,
y osó en el banquete hablarme de amor.
Me entregó unas trovas llenas de cariño,

que yo, Beatriz mía, me atreví a leer.
(Leyendo para sí las trovas.)

BEATRIZ

Pásmame, señora, que siendo tan niño
tan gentiles rimas sepa componer.

ISABEL

Mis colores lleva, canta a mis balcones,
repite do quiera mi prez y loor;
detener es fuerza sus adoraciones,
aunque a mí infelice me mate el dolor.

BEATRIZ

Y aun por eso tanto teméis, mi señora,
la infausta alianza con el Portugal.

ISABEL

De tal himeneo no me hables ahora;
por una vez basta, Beatriz, con un mal.
Sé que el de Toledo protegerme cura,
que en servirme siempre se ha mostrado fiel;
toma esos conceptos; cese mi locura;
con airado ceño dalos al doncel.

Escena VIII

Las mismas y FERRÁN.

FERRÁN

Permitid, infanta...

ISABEL

Paréceme extraño
que así se interrumpa, doncel, mi solaz;
padecéis, seor paje, gravísimo engaño
si esperáis que sufra vuestro modo audaz.

FERRÁN

Pensé, mi señora, que grato os sería
dar a un forastero amparo y favor.

ISABEL

Sabed, forastero, que es descortesía

arrancar mercedes.

FERRÁN

Calmad el rigor.

Recordad, princesa, que nuevo en Castilla,
tan joven y ausente del paterno hogar,
no es mucho que adore al astro que brilla
como el sol de oriente sin mayo ni par.
¿No pensáis, señora, que pueda mi pecho
por ser pobre paje albergar amor,
respeto, ternura o airado despecho,
ni dar en los campos pruebas de valor?

ISABEL

¿Mas qué pretendéis?

FERRÁN

Sólo, infanta augusta,
serviros imploro; por Dios consentid;
sabré vuestras cifras honrar en la justa,
de sangre esmaltarlas sabré en cruda lid.
Dichoso, señora, yo entre los donceles,
si mi acento humilde os mueve a piedad.
(Se arrodilla.)
Ceñirán mi espada frondosos laureles.

ISABEL

Atrevido sois, doncel; levantad.
(Alarga la mano para levantarlo; él se la besa respetuosa y tiernamente.)

FERRÁN

Vuestra hermosa mano, augusta princesa,
cual símbolo adoro de paz y perdón.

ISABEL

De ser tan benigna, don Ferrán, me pesa,
que así a vuestra audacia doy un galardón.
Partid al contado.

FERRÁN

Señora, es forzoso,
pues todo soy vuestro, que os sirva leal.
Mil riesgos os cercan...

ISABEL

Quedad en reposo.

Beatriz, ¿viste nunca pertinacia igual?

FERRÁN

Vuestro caballero, infanta, os requiere,
el que nunca olvida vigilar por vos;
hay cierto arzobispo que mucho os malquiere,
dudad sus palabras, señora, por Dios.
Cauteloso amigo es del de Villena;
fíngense adversarios por mejor triunfar;
la pureza de ambos suele andar ajena;
ved, princesa, si hay razón de dudar.
Y aquel cuya vida de veros felice
depende tan sólo ¿podrá sin dolor
oír que en la corte de cierto se dice
que va el arzobispo...?

BEATRIZ

El rey, mi señor.
(Sepáranse.)

ACTO SEGUNDO

Aposento de palacio

Escena I

EL REY ENRIQUE, sentado con grande abatimiento, LA INFANTA DOÑA ISABEL,
y GUARDIAS en las puertas.

ENRIQUE

¡Oh desdichado monarca!
¡Cuánto mi corona pesa!
Abandónanme los míos,
me escarnece la nobleza,
y hasta mi propia familia
me arrancan con brutal fuerza.
Señor que riges los cetros
de los reyes de la tierra,
un príncipe desgraciado
hoy implora tu clemencia.
Dame valor, Dios piadoso;
caigan sobre mi cabeza

las iras de tu justicia,
pero a la patria no hieran.

ISABEL

Piadoso invocáis al cielo;
él, don Enrique, os proteja
más no cumple un soberano
con exhalar tristes quejas.
Después de la prez devota
cambiad ¡oh rey!, la diadema
por el acerado casco;
trocad en peto las sedas;
por el corcel de batalla
la ociosidad que os aqueja;
y esforzado paladín
el que antes piadoso fuera
rompa con la dura espada
las desdichas que lamenta.

ENRIQUE

¿También mi hermana Isabel
mi tribulación aumenta?

ISABEL

Yo, don Enrique, os animo,
que el veros llorar es mengua.
Y aunque soy débil mujer,
si vuestro cetro blandiera,
con él quizá quebraría
la frente de los que intentan
envilecer al monarca.
Sacudid, rey, la pereza;
y ya que de soberano
os descinaís la diadema,
si hombre sois y caballero
no sufráis tales ofensas.
Rescatad a vuestro hermano,
al niño Alonso, que estrecha
prisión en Burgos padece.

ENRIQUE

Hablas, incauta doncella,
ignorando lo que pides.
¿Con quién declaro la guerra?
¿Qué gentes, qué caballeros
acuden a mi bandera?

Mientras rigió mis consejos
Juan Pacheco, el de Villena
¡ay triste!, ¡mi solo amigo!,
¡el que amé en la edad primera!
Vísteme reunir mesnadas,
caballos, huestes guerreras...
pero él también me abandona,
también la facción aumenta;
el maestro de Calatrava,
su hermano, hacia Burgos lleva,
con infinitos peones,
comunidades enteras.
¿Mi espada sola qué haría
aun cuando el Cid la esgrimiera?

ISABEL

¡Dios os lo perdone, Enrique,
y de la sangre que riega
a mares la monarquía
no quiera pedirnos cuenta!
Porque hubo un tiempo ¡oh hermano!,
que débil gusano era
esa misma sedición
que hoy audaz os amedrenta.
Quebrantar su frente entonces
pudisteis, y su soberbia;
pero flaco, irresoluto,
y más indeciso que ella,
peleasteis sin vencer;
disteis tiempo a la pelea;
y aquel enantes gusano,
nutriose de sangre vuestra,
y hoy serpiente formidable
amaga vuestra existencia.
Si al principio de la lucha
sobre los rebeldes fueran
la mitad de los que luego
murieron en la contienda,
a buena fe, don Enrique,
los tumultos concluyeran,
vos reinaríais dichoso
y Castilla os bendijera.

ENRIQUE

Duélete, Isabel, de mí.
La escandalosa infidencia

del marqués, de Juan Pacheco,
ha enervado mi entereza;
él era mi único apoyo,
él mi esperanza postrera.

ISABEL

Los mejores aliados
que un sabio monarca cuenta
son Dios, señor, y su espada.
¿Quién esperáis que a vos venga
si vos mismo, don Enrique,
buscáis la coyunda ajena?
Si vos vuestra propia honra
miráis con tanta tibieza,
¿queréis que un extraño acaso
tome por vos la defensa?

ENRIQUE

Por piedad, Isabel mía.
¡Ay, hermana, si supieras
lo que oculta mi cariño
por no acrecentar tus penas!
¡Si pudieras penetrar
estas dolorosas nuevas!

ISABEL

¿Aun hay más calamidades?
¿La rebelión satisfecha
aun no está con la prisión
de don Alonso? ¿Qué esperan
qué piden los conjurados?

ENRIQUE

¡Piden tanto!

ISABEL

Mas si es fuerza
oírlos, ¿a qué esperáis?
Concédales vuestra alteza
mucho más que pedir osan.
Y ya que remiso os vieran
para empuñar el acero,
no esté el miedo os detenga;
sed resuelto alguna vez,
dadles paz, o dadles guerra.

ENRIQUE

De ti depende, Isabel,
seguir tu propia advertencia.

ISABEL

En buen hora, don Enrique;
vos salvaos, y yo perezca;
quede en libertad Alonso,
la paz torne a vuestras tierras.

ENRIQUE

¿Mas tú sabes lo que piden?
¿Quieres tú que yo consienta?

ISABEL

¿Pues qué designio es el suyo?

ENRIQUE

A una condición sujetas
están la guerra y la paz;
tu mano será la prenda
que en esta cuestión decida.

ISABEL

¿Aún persisten en la idea
de que el rey de Portugal...?

ENRIQUE

¡Ojalá en ella insistieran!
No es el portugués monarca,
es el Maestre el que anhela
ser tu esposo, Isabel mía,
el hermano de Villena.

ISABEL

¿Y hasta ese punto, señor,
el marqués nos vilipendia?
¿No le bastan ya los feudos
ni las copiosas riquezas
que pródiga vuestra mano
en mal hora le cediera?
¿No le basta ya la sangre
que derrama su fiereza,
sino que a sus propios reyes
ha de sellar con la afrenta?
Soy, Enrique, vuestra hermana;

en vano humillarme piensan;
el convento o el cadalso
rescatarán mi pureza.

ENRIQUE

¿Y nuestro hermano, y Alonso?

ISABEL

¡Ay señor! ¡Cuánta saeta
clava a mi ulcerado pecho
su memoria...! Mas ¿no hay senda,
no hay camino que nos libre
de esa alianza funesta?
¿Pondremos cual los cobardes
nuestro cuello a la cadena?

ENRIQUE

Horas ha que aguardo a un sabio,
a un astrólogo... Su ciencia
rescatarnos tal vez puede...

ISABEL

¿Y fiáis a esas quimeras
el honor de vuestra patria?
¡Y en tanto la espada huelga!

ENRIQUE

Cuando turbados los cielos
cárdenas llamas reflejan
y con temerosos signos
males próximos revelan,
aconsejarnos es justo
del que entiende las estrellas.

ISABEL

Los fenómenos y fuegos
que en el cielo centellean
si aquí nos causan terror
también en Burgos aterran.
Ese astrólogo Abiabar,
que os visita con cautela,
¿quién sabe si está vendido
a los que mal os desean?
¿A qué apelar a los astros?
Dios vuestra esperanza sea,
y esa espada, don Enrique,

y vuestra propia conciencia.

ENRIQUE

¡Qué harán los otros por mí
cuando tú ayudarme niegas!
No das la mano al maestro,
y a Alonso y a mí nos dejas...

ISABEL

¡Qué oblación tan horrorosa,
o Castilla, de mí esperas!
Al gran maestro aborrezco,
un infierno es su presencia:
¿cómo he de darle la mano
con que gustosa le hiriera?

Escena II

Los mismos, UN UJIER que se retira luego, y el ARZOBISPO DE TOLEDO.

UJIER

El arzobispo, señor.

ENRIQUE

Seas bien venido, Fonseca:
¡cuán inquieto te esperaba!
¿Viste, arzobispo, sus letras?
¿Qué piensas de los rebeldes?
Habla, amigo, y me consuela,
que eres el único noble
que fiel a mi causa queda
entre esa turba de ingratos
que yo subí a la opulencia.
Habla: ¿qué sería de mí
si no te tuviese cerca?

ISABEL

¿Y habré, señor arzobispo,
de ser yo la triste ofrenda
que a los traidores se inmole
porque su amago suspendan?
¿Para mí no hay esperanza?

ARZOBISPO

Mucho dárosla quisiera,
noble infanta de Castilla.

ENRIQUE

Pero en fin, ¿qué me aconsejas?

ARZOBISPO

En puridad debo hablaros
lo mejor que hacerlo sepa;
Dios ilumine mi mente
y mi ánimo fortalezca.

ENRIQUE

A Dios, querida Isabel.

ISABEL

Pensad, señor, que pidiera
antes recibir mil muertes
que el lazo que me presentan.

(Vase.)

ENRIQUE

Infelice hermana mía.

Escena III

DON ENRIQUE y EL ARZOBISPO.

ENRIQUE

¿Y bien, Alonso, qué piensas?
¿Qué dices de ese marqués,
de esas cartas, y esas quejas?

ARZOBISPO

Señor, el, alguna parte
son fundadas sus querellas;
pretenden que doña Juana
no pueda ser heredera
del reino, que don Beltrán...

ENRIQUE

Detén, amigo, la lengua;
de don Beltrán no me hables

ni del honor de la reina;
infames son los rebeldes,
desdoro de la grandeza;
para quitarme a mi hermana
su falso civismo ostentan.

ARZOBISPO

Tal es su fin.

ENRIQUE

¿Y ellos mismos
no agotaban mi paciencia
pugnando porque Isabel
al de Portugal le diera?

ARZOBISPO

Yo apoyé su petición,
mas no delinquí a sabiendas,
y tarde penetrar pude
su sagaz estratagema;
que al nunciar tal enlace
previeron que a vuestra alteza
rivalidades se alzarán
con las vecinas potencias;
y al veros luego, señor,
abandonado, comienzan
esa lucha fratricida
que vuestros reinos aqueja.
Portáronse cual traidores
con astucia y con fiereza;
mas vano será su empeño
si place a la Providencia,
que del vicario de Cristo
imploré ya la asistencia,
y el grande obispo Venerio
en nuestro socorro llega,
cual Nuncio del santo padre,
con sus facultades plenas:
tengamos pues confianza;
comunidades enteras
se niegan de los rebeldes
a enarbolar las enseñas.

ENRIQUE

Pero mi hermana Isabel...

ARZOBISPO

Preciso es que se convenga,
o nunca se logrará
de don Alonso la vuelta.
Le han proclamado monarca;
mercedes, gracias dispensa,
señor... por su vida temo...
disculpád esta franqueza.

ENRIQUE

¡Por la vida de mi Alonso!
El corazón me penetras.
¡Oh conjeturas crueles!

ARZOBISPO

¿No tendrá a bien vuestra alteza
presidir hoy el consejo?

ENRIQUE

Dame a firmar: ¡qué sospechas!

ARZOBISPO

Veréis, señor, los despachos.

ENRIQUE

Sabes que eso me atormenta.

ARZOBISPO

Mas es preciso, señor.

ENRIQUE

Basta que firme y no lea.

ARZOBISPO

Se arriesga vuestra corona.
Dignaos, señor...

ENRIQUE

¡Qué entereza!

(Vase.)

Escena IV

FERRÁN y EL ASTRÓLOGO.

FERRÁN

¿Ha tiempo que el rey te aguarda?

ASTRÓLOGO

Desde antes de amanecer.

FERRÁN

No olvides lo que me importa
que aproveches hoy muy bien
Abiabar, de la entrevista.

ASTRÓLOGO

Los celos deponed.

FERRÁN

En tu habilidad confío.

ASTRÓLOGO

Serviros procuraré.
Ya a doña Beatriz he hablado,
y me ha ofrecido, doncel,
ser vuestra hasta donde alcancen
su valía y su poder.
Cuidad vos, paje garrido,
de agradecerlo cortés;
que en su mano están las llaves
para abrir a vuestro Edén.

FERRÁN

Eres, Abiabar, más sabio
que el mismo Salomón fue;
sólo falta que al monarca
sagaz puedas convencer...

ASTRÓLOGO

Direle que sois su estrella;
en mi experiencia creed.

FERRÁN

Harto más yo te creería
y admirara tu saber
dándome las doblas de oro
que ayer en vano busqué.

ASTRÓLOGO

Si supiérades, seor paje,
cuán dificultoso es
tornar la más alta idea,
la más rica que caber
pueda en el hondo cerebro
de alquimista genovés,
en sonantes doblas de oro,
viérades que puedo ser
sabio, astrólogo profundo,
y pobre todo a la vez.
Me aguardan los escuderos.

FERRÁN

Dios te acompañe.

ASTRÓLOGO

Con él
quedad, buen paje.

FERRÁN

Ya sabes
lo que hemos pactado hacer.

Escena V

FERRÁN, y luego UN PAJE de DOÑA BEATRIZ, que vuelve a salir.

FERRÁN

No adolece el algebrista
por cierto de estupidez;
más de prisa van las horas.
(Da una palmada.)
Forzoso es que suenen tres.
(La repite dos veces, y entra UN PAJE.)
Di, niño, a doña Beatriz
que a servirla ya llegué.
(Sale EL PAJE.)
¡Si ver pudiese a la infanta!
¡Nobilísima Isabel!
¡Cuánta gracia plugo al cielo
a ti sola conceder!
Harto arriesgada es mi empresa,
mas constancia tengo y fe,

y he jurado rescatarla
o en la lucha perecer,
que a mi sedicioso maestre
tan espléndido joyel
fuera por Dios mengua darle,
ni virgen de tanta prez;
el de Calatrava anduvo
audaz en la pretender,
pero yo tengo una espada
que humillará su altivez.

Escena VI

FERRÁN y LA INFANTA, DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA, y acompañamiento.

FERRÁN

(Aparte.)

¡Cuán abatida la infanta!
Yo aliviarla curaré.

BEATRIZ

Su alteza al consejo asiste;
esperemos.

ISABEL

En buen hora.

(Cambian algunas miradas de inteligencia DOÑA BEATRIZ y DON FERRÁN.)

BEATRIZ

Mas no os encuentren, señora,
tan abatida y tan triste.

ISABEL

Mucho temo la tardanza
del consejo en resolver.

BEATRIZ

Pero no debéis perder,
mi señora, la esperanza.
¿No prometió el de Toledo...?

ISABEL

Es todo engaño y falsía...

FERRÁN
¡Señora...!

ISABEL
(Sobrecogida, a DOÑA BEATRIZ.)
¿Ves qué osadía?
Ya resistirla no puedo.

BEATRIZ
No le maltrate el rigor;
cuidad que es joven sencillo.

FERRÁN
A vuestra alteza me humillo.

ISABEL
¿Pediros podré un favor?

FERRÁN
Mi espada, mi nombre y vida
veces mil gustoso diera,
con tal de que en todo fuera
vuestra voluntad cumplida.

ISABEL
Retiraos pues, Ferrán.
Sólo aquí busco a mi hermano.

FERRÁN
¿Y he de suplicar en vano?
¿Y ha de perderse mi afán?
Sé que infelice ¡oh infanta!,
sois tal vez en este instante,
y al mirar vuestro semblante
mi corazón se quebranta.
Os hiera mano traidora
con alevoso puñal,
mas remedio tiene el mal;
no desesperéis, señora.

ISABEL
¿Remedio en esta aflicción?
¿Y qué a vos de mi ternura...?

FERRÁN
En ella va la ventura,

señora, de un corazón
que oscila y late violento
si la pena os acongoja,
cual se estremece la hoja
que sacude crudo viento.

ISABEL

Detened, paje, la lengua;
¿pensáis que lisonja tanta
pueda escuchar una infanta
sin que le sirva de mengua?
¿O quisisteis por ventura
viendo mi bonanza rota
echar también una gota
al cáliz de mi amargura?
Veisme en cruel orfandad,
a mi hermano desvalido,
¿y osáis así presumido
hablarme con liviandad?

FERRÁN

Señora, mi rendimiento
¡por vos misma yo os lo juro!,
tiene fin más noble y puro
y más generoso intento.
Así propicios los santos
cielos oigan mi oración,
que fue sólo mi intención
mitigar vuestros quebrantos.
Y si tal vez descontento
os pudo mi lengua dar,
es porque suele faltar
la razón al sentimiento.
Porque al mirar la importuna
ausencia que ya os espera,
el alma se desespera
y maldice a la fortuna.

ISABEL

Si mi ausencia...

FERRÁN

¡No por Dios!
Concibiéronla en mal hora;
no consintáis, mi señora;
tened vos piedad de vos.

Y ese maestro don Pedro
que os solicita afanoso,
caña junto al poderoso,
junto a los débiles cedro,
¿es capaz en su fiereza
de secos rendido amante?
¿O pretende ser infante
porque le llamen alteza?
Resistid, alzad un dique
contra su designio fiero.

ISABEL

¿Cuando ya ni un solo acero
se desnuda por Enrique?

FERRÁN

Magnánima resistid.
No son vanas ilusiones,
que van a alzarse pendones
por él en Valladolid.
Hanme dicho en puridad
ciertos fieles mensajeros
que a los nobles caballeros
no seguirá la ciudad.
Muy escaso es mi valor,
no soy de riquezas dueño,
pero a este paje pequeño
le hace gigante el amor.
No perdáis pues la esperanza,
doña Isabel, de triunfar,
y permitidme arrojar
este hierro en la balanza.

ISABEL

Y contra un vasallo infiel,
contra toda la Castilla
¿qué ha de valer la cuchilla
de un generoso doncel?
Vana es, paje, vuestra ofrenda.
Tened, don Ferrán, la espada;
dejadme ser desdichada.

FERRÁN

Vuestra alteza no se ofenda,
que yo por servirla anhelo,
más que algún alto infanzón;

os habla mi corazón
como si le hablase al cielo.
No me despreciéis por niño
ni por de poca nobleza,
pues no hay humana proeza
tan grande como el cariño.
Tengo además los consejos,
si no de la jerarquía,
de pecheros de valía
con poder en los concejos.
Y hay otros vasallos fieles
que por el rey lidiarán,
y los primeros serán
mis amigos los donceles.

ISABEL

Escasa gente.

FERRÁN

En honor
son muchos, princesa augusta,
que por una causa justa
se multiplica el valor.
Pero tal vez os molesta
mi presunción atrevida,
que al maestre prometida...

ISABEL

Mi corazón le detesta.
Hasta su nombre me daña;
mas... no tengo voluntad.
Labro mi infelicidad
por hacer dichosa a España.
Prisionero está un hermano,
hiere al otro la traición;
su rescate es galardón
de mi desdicha y mi mano.
¿Mas quién así, don Ferrán,
de hablarme os diera derecho?

FERRÁN

¡Mi corazón, mi despecho,
doña Isabel, me le dan!
Que sin veros, para mí
muerte se torna la vida,
y es vuestro enojo la herida

más ancha que cabe aquí.
Que al venir la noche oscura
o al despertar de la aurora,
es vuestra imagen, señora,
la imagen de mi ventura.
Vos sois mi gloria, mi ensueño
en la vigilia cruel;
vos el numen del vergel
que hace dichoso mi sueño.
Que allí cuando el corazón
se espacia, sin estrechura
bebe de la copa pura
de dulcísima ilusión...
A vos, astro rutilante,
a vos, luz de la Castilla,
¿empañará la mancilla
de esa sedición triunfante?

ISABEL

Mancebo, ya es desleal
vuestro decir...

FERRÁN

¡Qué baldón!
¿No veis que la rebelión
os quiere para puñal?
Mi rendimiento os enfada,
desdén logro solamente...
parto a romper cual valiente
en la sedición mi espada.

ISABEL

Cuidad que Alonso mi hermano
yace agora en su poder;
cuidad que Enrique el poder
y el cetro sostiene en vano.
Cuidad que a la fementida
traición auxilios se dan,
y cuidad también, Ferrán,
de conservar vuestra vida.

FERRÁN

¿Sin vos la vida?

ISABEL

Doncel,

yo me debo a mi decoro;
resignada sufro, lloro,
y a mi obligación soy fiel.
Tiempo es de acabar la guerra;
en este punto quizá
el pacto se firmará;
partid a lejana tierra.

FERRÁN
¡Señora!

ISABEL
Sí, caballero,
partid, y que esta vez sea
la postrera que yo os vea. (Enternecida.)

FERRÁN
¡Qué crueldad! Morir primero.
¡Señora!

ISABEL
Es irrevocable,
gentil paje, esta sentencia.

FERRÁN
Acabará una existencia
ya para mí deplorable.
Lejos de vos ¿qué esperanza
puede a mi cuita venir?
¿A qué, señora, vivir
sino para la venganza?

ISABEL
En la memoria perdida
de una infelice doncella...

FERRÁN
Vos seréis mi sola estrella
en el rumbo de la vida.
Ni envainaré cual cobarde
el acicalado acero;
a morir voy el primero...

ISABEL
Don Ferrán, el cielo os guarde.

Escena VII

DOÑA ISABEL y DOÑA BEATRIZ.

ISABEL

Partió, Beatriz; compasión.

¡Y yo que le amaba tanto!

¿Cuándo apagaré mi llanto
el fuego de esta pasión?

O lucha acerba y cruel
en que se abrasa mi pecho.

¿Por qué con crudo despecho
así esquivé a mi doncel?

¿Por qué así el alma condena
las leyes de la razón?

¿Por qué de mi corazón
no puedo arrancar la pena?

¡Yo infanta! ¡Qué esclavitud!

¡Dar a un rebelde la mano,
y herir con dardo inhumano
al que sigue la virtud!

A mi feroz enemigo,
porque nací junto al trono,
con mis brazos galardono
y huyo de mi tierno amigo.

¡Cuán gustosa trocaría
esta prisión resplendente
por la cabaña indigente
donde mora el alegría!

BEATRIZ

Tened, infanta, piedad,
tregua logre el desconsuelo,
y del corazón el duelo
con lágrimas desahogad:
todo la virtud lo alcanza;
del seno de esa tristura,
¿quién sabe si la ventura...?

ISABEL

¡Ventura sin esperanza!

BEATRIZ

¿Y por qué desesperar?

¿No os ama acaso sincero?
¿No es cumplido caballero,
y os promete rescatar?
Sus amigos tal vez son
mucho en las comunidades;
y a fe que por las ciudades
no cunde la rebelión.
Os ama...

ISABEL

Si responder
no debo a su idolatría,
si infausta la suerte mía
plugo al cielo disponer,
fuera bárbaro rigor
sus amores codiciar
tan solo para triunfar
desdeñosa de su amor.
Beatriz, quiero que me olvide,
que no se acuerde de mí,
pues yo infelice nací,
y el destino nos divide.

BEATRIZ

Séame lícito dudar
que un amor que así descuella
se borre cual leve huella
que el bajel deja en el mar.
Que aunque en ardiente corcel
revuelve la osada diestra
en la galana palestra,
es amoroso el doncel.
Vos sois el sol de su cielo,
la única deidad que adora;
por vos subirá, señora,
hasta los astros su vuelo.

Escena VIII

Los dichos, EL REY, EL ARZOBISPO DE TOLEDO, EL ASTRÓLOGO y
acompañamiento.

BEATRIZ

No os halle su alteza así.

(Se enjuga las lágrimas la infanta.)

ENRIQUE

¡Ni un voto haber conseguido!
¡Cielos, humillado pido
que tengáis piedad de mí!

ISABEL

¿No hay esperanza, señor?
¿A ser inmolada voy?
¿Al fin perderemos hoy
con el poder el honor?

ENRIQUE

Todo el mal hoy se confirma
que anunció el hado, Isabel;
Fonseca tiene el papel.
Sólo falta ya tu firma.

ACTO TERCERO

El mismo apartamento en el palacio de don Enrique. Varios CABALLEROS, UJIERES y GUARDIAS hacia el fondo.

Escena I

DON FERRÁN y DON FERRER DE LANUZA, enviado de Aragón.

FERRER

¿Pero es cierto, don Ferrán?

FERRÁN

Os repito que la infanta
se negó resueltamente
a ceder a la alianza
que le propuso el consejo.
Como noble y castellana,
en vez de estampar la firma,
rasgó el pliego en que constaban
los contratos del enlace.

FERRER

¿Y sabéis que no os engaña
quien os dio tales noticias?

FERRÁN

Lo sé por su propia dama,
y por eso, don Ferrer,
para aconsejarse os llaman;
que negocios de cuantía
nunca en Castilla se tratan,
sin consultar el influjo
de Aragón y de Navarra;
y siendo vos enviado
del aragonés monarca,
es preciso que os pregunten.
A ser fácil, la balanza
inclinad pues, por mi amor,
contra esas bodas bastardas.
Al enviado navarro,
don Juan Biamonte, pintadlas
como absurdas, peligrosas...

FERRER

Me esforzaré en cuanto valga,
doncel, para seros grato;
sabéis que no omití nada
para conseguir que el rey
de su servicio os nombrara,
mejorando vuestra suerte...

FERRÁN

Yo os doy, don Ferrer, las gracias.
Ah, sin vuestra protección...

FERRER

Don Juan Biamonte...

Escena II

Los mismos y DON JUAN BIAMONTE, enviado de Navarra.

FERRER

(Cambiando el tono de la conversación.)

¡Bizarras
trovas hacéis, mi doncel!

Pasad a verme mañana.

(A BIAMONTE.)

(Se retira DON FERRÁN.)

Bien venido, embajador;
ya su alteza nos aguarda.

JUAN
Pésame, seor don Ferrer,
si os molestó mi tardanza.

FERRER
Sabéis bien, señor don Juan,
que nada de vos me enfada.
(A UN UJIER.)
Avisad al arzobispo
que ya presentes se hallan
los ministros de ambos reinos.

(Sale EL UJIER.)

¿Sabéis, don Juan, la mudanza
que en el palacio ha ocurrido?

JUAN
¿Mudanza aquí? No sé nada.

FERRER
Hanme dicho que los pactos
no se firman.

JUAN
¿Pues no estaban
ya las capitulaciones
en un todo concertadas?
¿Qué causa pudo impedir...?

FERRER
No conjeturo la causa,
ni aun sé si el rumor es cierto.

JUAN
A estos castellanos pasa
lo que el mismo Lucifer

allá abajo no ideara.
Cada vez entiendo menos
de sus costumbres y usanzas.

FERRER

Son, don Juan, notables gentes.

JUAN

Combustibles a la llama
echan de la sedición;
¿pensarán así apagarla?

FERRER

Temo que cunda su fuego
si otro rumbo no se trazan;
ya empieza a ser formidable.

JUAN

Nuevas gentes se levantan.

FERRER

La nobleza; pero el pueblo
y los concejos se cansan
de tan grandes turbulencias.
Aprecian la justa causa,
mas esquivan la ocasión...

JUAN

Oíros, don Ferrer, me pasma.
¿A ese marqués de Villena
quién en Castilla contrasta?
¿Quién pone a su hermano freno?
¿Quién a las potentes bandas
de flecheros y jinetes
que sus querellas abrazan?
Para mí la rebelión
triunfó desde que su espada
Juan Pacheco el de Villena...

FERRER

¿Y el arzobispo? ¿Quién tanta
influencia en las Castillas
goza, ni mayor pujanza?

JUAN

La única columna es esa

adonde el trono descansa;
que estos pobres paladines
que viven en la antesala,
zánganos cuando miel hay,
gusanos si la miel falta,
no han de rescatar a Enrique.

FERRER

Le rescatará su hermana;
que la princesa Isabel,
prudente al par que alentada,
no consentirá jamás
ser víctima de sus tramas.

JUAN

Sin duda, seor don Ferrer,
debisteis esta mañana
de recibir instrucciones
de vuestra corte; que cuadran
mal los conceptos de ahora
con los que ayer pronunciaban
vuestros labios a mi oído.

FERRER

Si nuestras cortes entrambas,
por no saber remediarlo
con el consejo o las armas,
toleran que las Castillas
en sus disensiones ardan;
que sus sembrados se talen;
que se incendien sus moradas;
que sangre corra a torrentes
por sus palenques y plazas;
tal vez, porque su soberbia
en lo posible se abata,
sabéis también que nos dicen
nuestras letras reservadas
que nunca su triunfo alcancen
ni los nobles ni el monarca.
Prudentes auxilios dimos
a los que bravos luchaban;
mas ya me parece hora
de que a Enrique se ayudara,
o será el empeño inútil
si algún tiempo se dilata.

JUAN

¿Instrucciones recibisteis?

FERRER

Don Juan, ni una sola carta;
mas para pensar así,
con las antiguas me basta.

JUAN

Del poderoso Aragón
suficiente una palabra
es para dar a Castilla
o paz o guerra.

FERRER

Si grata
vuestra corte, seor don Juan,
la auxilia.

JUAN

Vaya en gracia.

UN UJIER

Sírvanse sus excelencias
de Aragón y de Navarra
pasar adelante.

FERRER

Vamos.

JUAN

(Aparte.)

No entiendo, a fe, lo que traman.

(Vanse.)

Escena III

Los mismos, menos los dos enviados. Entran EL ASTRÓLOGO y DON FERRÁN.

ASTRÓLOGO

Traedme al punto al licenciado;
forzoso es que luego parta
de vuelta a Valladolid.

FERRÁN
¿Y qué intentas?

ASTRÓLOGO
La tardanza
nociva será sin duda;
vuelvo adentro. En esta estancia
espéreme el licenciado,
don Ferrán, hasta que salga.

(Vase.)

FERRÁN
El tiempo no malgastemos.

(Vase.)

Escena IV

Entran EL OBISPO DE CALAHORRA, EL DUQUE DE ALBURQUERQUE y otros
NOBLES y CABALLEROS.

DUQUE
Hablad, señor, en voz baja.

OBISPO
Es mucha pena, señor,
que una voluntad extraña
siempre en Castilla domine.

DUQUE
No hay hacer, si Aragón habla.

OBISPO
Del señor embajador
son órdenes las miradas.

DUQUE
Y hallan mal que la nobleza
desnude luego las armas
en pro de sus propios fueros
y de Castilla humillada.

OBISPO

Ved a quien podrá decirnos
buenas nuevas.

Escena V

Los mismos, DON JUAN DE VARGAS y otros dos NOBLES.

DUQUE

Seor de Vargas,
bien venido. ¿Qué noticias
por la villa se propalan?

VARGAS

Ignoro lo que se dice;
mas sé que desamparadas
las gentes de la nobleza
en Valladolid estaban,
pues no los sigue el concejo.
Juzgo, obispo, que os agradan
tales nuevas, que al maestre
guerra tenéis declarada.

OBISPO

Mas no la tengo, señor,
a sus huestes desdichadas;
que al fin, aunque soy leal,
conozco que razón harta
tienen en sus peticiones.

DUQUE

Y ¿quién duda que reclaman
con justicia? Los deshonra
sólo esa necia arrogancia
del insultante maestre.

OBISPO

Mas ¿qué graves circunstancias
en Valladolid harían
que el concejo retractara...?

VARGAS

Yo no sé por qué motivo...
Los villanos preparaban

sus peticiones también;
mas llegó en hora menguada
un Jiménez de Cisneros
que con los donceles anda,
un licenciado coplista,
todo pobrezas y trazas,
pariente de esos pecheros,
y húbose de dar tal maña
con sus idas y venidas
acerca de la canalla,
que ahogar les hizo en el pecho
las voces que ya formaban.

DUQUE

¿Y quién da a ese mozo parte
en cosas de esta importancia?

OBISPO

Pues mándole yo al rapaz
que si con frase liviana
asuntos de Estado toca
yo castigaré su audacia.

VARGAS

Antes de eso, seor obispo,
pienso medir sus espaldas
con lo largo de mi estoque
y con el pie su sotana.

Escena VI

Los dichos, FERRÁN y EL LICENCIADO.

DUQUE

Sólo el rey la culpa tiene.

OBISPO

Débil cuerpo y débil alma
¿qué han de producir, seor duque?

VARGAS

Ved al mismo de que hablaba.

DUQUE

Ah, señor licenciado, el buen coplero,
a fe de caballero
veros aquí me place.

VARGAS

Pues tiempo también hace
que yo os buscaba en vano;
mas de Madrid lejano
sin duda el bachiller por los concejos
ocupado andaría en dar consejos
en pro de los señores.

LICENCIADO

No soy agente yo de los traidores.

DUQUE

No es el licenciadillo todavía
mozo que hable de asuntos de la guerra.
Una capellanía
es su sola ambición sobre la tierra.

LICENCIADO

El título, señor, de licenciado,
no de licenciadillo,
con ímprobos estudios he ganado.
Permitidme decillo,
que no fue de mis padres heredado,
cual los títulos son de la nobleza.

VARGAS

Perdéis, seor licenciado, la cabeza.

DUQUE

Sin que el estudiantuelo lo jurara
fácilmente notárase en su cara
que es de villana cuna.

LICENCIADO

Si hubiéredes, gran duque, por fortuna
oído de los sabios la enseñanza
mientras vivís en deliciosa holganza,
vierais que en vos no llega el mental vuelo
ni aun para merecer que estudiantuelo
os llamasen un día.

DUQUE

(Poniendo a la espada.)
Voy a enseñaros ya mas cortesía.

FERRÁN
Yo impediré, seor duque, ese trabajo.

DUQUE
Cuando a mí se me habla, se hable bajo.

FERRÁN
El mancebo, señores, es mi amigo;
quien a él ofenda reñirá conmigo.

LICENCIADO
(Dirige al DUQUE una sonrisa despreciativa, y dice luego a FERRÁN.)
Gracias, señor Ferrán.

OBISPO
¿Dos caballeros
ponen liviana mano a los aceros
en la casa del rey? Y el estudiante
¿ignora por ventura que delante
se halla de un potentado?
¿Pues cómo así, menguado,
ni la cabeza baja ni se humilla?
Pida perdón al noble.

LICENCIADO
¿Prosternado mandáis que la rodilla
a quien me ofende sin razón le doble?
No fuera en mí humildad, fuera bajeza.

DUQUE
¿Y cómo no ha de alzarse la nobleza
si los mismos villanos
osan contra sus dueños volver manos?
¡Oh corrupción del tiempo! ¡Oh demasías!
¿Pues no ha de haber concejos y behetrías,
feudos, comunidades,
si dan tal libertad a las ciudades?
Nunca se acabarán nuestras querellas
si tú, pueblo, con sangre no las sellas.

LICENCIADO
¿Y es la sangre del pueblo, por ventura,
tan inútil o impura

que la haya de verter furor ajeno
cual derramar pudiera inmundo cieno?
Sino hay pueblo, señor, ¿qué es la nobleza?
¿De qué cuerpo después será cabeza?
Las resplendentes sedas, los brocados,
los vestidos con oro recamados,
las armas fulgorosas
que ostentáis en las fiestas belicosas,
cuando del lujo a la siniestra lumbre
cegáis la desdichada muchedumbre,
¿labraronlas los reyes y señores,
o con afán el pueblo y con sudores?
¿Quién lleva el pan, el agua a vuestro labio?
¿Quién con designio sabio
supo encumbrar las ponderosas masas
de vuestras torres y arrogantes casas?
Sangre pedís al pueblo todavía;
como si al levantar el hacha impía
contra míseras gentes
no hirierais ¡oh soberbios!, unas frentes
que al Supremo Hacedor modelar plugo
para la libertad, no para el yugo.

DUQUE

Insolencia inaudita.

OBISPO

Calle el rapaz, estudie y no repita
tópico que así ofende
y que tan poco el lenguaraz entiende.

LICENCIADO

¿Y por qué al pueblo triste se condena?
¿No es harto ya que arrastre su cadena?
Acaso las repúblicas humanas
¿no son copias lejanas,
símbolo peregrino,
de un misterio divino?
El pueblo, la nobleza, el soberano,
(imagen terrenal de aquel arcano)
forman en la mundana jerarquía
análoga armonía
con el sagrado numen trino y uno;
al par pueden vivir, solo ninguno.

NOBLE 1.º

(Irónicamente.)
Ingenioso el rapaz es por el cielo.

VARGAS
(Mofándose.)
Lástima que a su celo
no se entregue la cura del Estado.

DUQUE
Tened a bien, o sabio licenciado,
dar una medicina,
que la nación enferma se arruina.

LICENCIADO
Si al señor duque place que lo intente,
entrégueme al doliente.

VARGAS
(Riéndose.)
¡Bravo, señor doctor!

EL DUQUE y EL
OBISPO
(Riéndose.)
¡Gran curandero!

NOBLE 1.º
(Al OBISPO. Aparte.)
¿Quién es ese bufón?
OBISPO
Un majadero.

DUQUE
Ya en el doncel nos vuelve la fortuna
a un imberbe don Álvaro de Luna;
a un marqués de Villena, hecho estudiante;
a don Alonso el Sabio, en un cursante.

LICENCIADO
Sola nos vuelve el hado
a un huérfano, señor, desamparado,
sin nombre, sin poder y sin riqueza,
burla de la nobleza,
cuyas tramas eternas y rencillas
destrozan las Castillas;
que si en mí hubiera sólo algún destello

del grande alma de Luna, ya ese cuello
hubiérades doblado ante mi planta
que agora se levanta;
ya esa altiva cimera
sepultada en el lodo ante mí viera.
(Sepárale a un lado DON FERRÁN, y quedan hablando juntos.)

NOBLE 1.º
¿Quién es ese gracioso petulante?

VARGAS
Es un pobre ignorante,
de cabeza vacía,
sin humildad, saber, ni cortesía,
que hace trovas a pajes y escuderos.

NOBLE .º
Un Francisco Jiménez de Cisneros,
lleno de vanidad, lleno de flato,
porque sabe escribir el mentecato.
(Todos los nobles se ríen.)

NOBLE 1.º
Pues tengo para mí que o yo sé poco,
o que está el licenciado un tanto loco.
(Nuevas muestras de hilaridad por parte de los nobles.)

Escena VII

Los mismos, EL REY, LOS EMBAJADORES, EL ARZOBISPO DE TOLEDO, EL ASTRÓLOGO y acompañamiento. EL ASTRÓLOGO se une a DON FERRÁN y al LICENCIADO, y parten juntos.

UN UJIER
El rey.
REY
¿Que rompa mi mano
su paz y la sacrifique?
¿Ha de ser el mismo Enrique
quien inmole a su Isabel?
¿Tú también, buen arzobispo,
vosotros, embajadores,
mis prelados y señores,
me aconsejáis ser cruel?

JUAN

Hablamos a vuestra alteza
por su interés y su gloria.

ENRIQUE

¡Y luego dirá la historia
que muy poderoso fui!

ARZOBISPO

La seguridad del trono...

ENRIQUE

¿Y no es nada su ventura?
¿Por qué su suerte futura
ha de emponzoñarse así?
¿Quién vencerá su desvío?

ARZOBISPO

A vuestra alteza le toca.

ENRIQUE

Mi resolución es poca,
no puedo hacerla penar.

ARZOBISPO

Al extenderse los pactos
no era nuestra angustia tanta,
y lícito fue a la infanta,
tal vez, negarse a firmar.
Pero ya de sediciosos
está la Castilla llena;
ya es el marqués de Villena
el único emperador;
fuera resistir en vano
su astucia y su atrevimiento;
de su rey quede contento
el audaz conspirador.
Y cuando ya de los nobles,
cansados de turbaciones,
vuelvan los altos pendones
al nativo torreón;
y el marqués en vuestra corte
retirado y solo quede,
entonces, señor, se puede
poner brida a su ambición.

DUQUE

¿Y es posible, el de Toledo,
que no haya un noble en Castilla
que la acerada cuchilla
ose alzar contra el marqués?
¡Vive Dios si aquí le viera
yo a ser leal enseriara!

NOBLE 1.º

Yo antes de eso le matara,
para enseñarle después.

NOBLE 1.º

Por Dios que es mengua que viva.

NOBLE .º

¡O quién lograra la suerte
de poderle dar la muerte
que tanto mereció ya!

UJIER

Me pesa, señor, deciros...
la turbación me enajena...

REY

Habla.

UJIER

El marqués de Villena
en vuestra antesala está.
(Sorpresa grande en todos los circunstantes.)

DUQUE

¡El marqués!

NOBLE 1.º

¿Quién?

REY

¿Juan Pacheco?

NOBLE 1.º

¡El marqués!

OBISPO

¡Por vida mía!

ARZOBISPO

¡Viose tamaña osadía!

REY

Dime, Alonso, qué he de hacer.

Y vosotros, caballeros,

¿no os estremecéis conmigo?

Vamos, Fonseca, ¿qué digo?

ARZOBISPO

Por mí, mandarle prender.

¿Viene solo?

UJIER

Con su hermano.

ARZOBISPO

Voy, señor; la vez postrera

ésta será...

REY

Espera, espera:

¿adónde pensabas ir?

ARZOBISPO

A prenderle.

REY

Es felonía

prender a Juan de Pacheco;

tal vez de clemente peco,

mas le pienso recibir.

DUQUE

(Con tibieza.)

Mi espada, rey don Enrique...

NOBLE 1.º

Y la mía, y mi fortuna...

NOBLE 2.º

No quedará ociosa una...

OBISPO

Todas por el rey están.

ARZOBISPO

Recibirle es imprudente.

REY

Así lo quiere el destino;
mandad que libre camino
y entrada den a don Juan.

(Sale el UJIER.)

ARZOBISPO

¡Oh flaqueza! ¡Oh desventura!

REY

¿Y mis pecados son tantos
que no bastan los quebrantos
para purgarlos? Tú ves,
piadoso Dios, que mi pecho
la tribulación devora:
¿cuándo llegará la hora
de la piedad?

UJIER

El marqués.

(Silencio y sobrecogimiento general.)

Escena VIII

Los mismos, EL MARQUÉS DE VILLENA y EL MAESTRE DE CALATRAVA armados de punta en blanco. Tres CABALLEROS los acompañan. El MARQUÉS examina, detenidamente a los circunstantes, que bajan la vista a su mirada. Después saluda al REY.

MARQUÉS

(Doblando la rodilla.)

Señor, si vuestro vasallo...

REY

(Levantándose para impedir que el MARQUÉS se arrodille.)

¿Por qué doblas la rodilla?

Alza, marqués; en Castilla

Enrique no reina ya.
Mi feudatario no eres,
que tu palabra y tu mano
en feudo a otro soberano
ligada, marqués, está.

MARQUÉS

No conozco otro monarca
que al rey don Enrique Cuarto;
ni de mi feudo me aparto,
ni renuncio de mi fe.

REY

¿A ti, que gentes levantas,
a ti, que con dura mano
me arrebataste a mi hermano,
ese lenguaje escuché?

MARQUÉS

Ah, señor, ¡cuántas calumnias
pudo inventar la bajeza,
que oyó quizá vuestra alteza
con excesivo candor!
Yo, que osado fui a Burgos
por mi lealtad, no por dolo;
yo, que en Burgos entré solo,
sólo a fuerza de valor,
arriesgando hacienda, vida,
por calmar los sediciosos,
¿yo cargos tan rigurosos
de vuestros labios oí?
¿Pues quién los conspiradores
tornó en meros pretendientes,
por quién ceden los potentes,
príncipe, sino es por mí?

REY

Alza, marqués de Villena;
háblame cual caballero,
di a tu antiguo compañero
de esa cruel sedición;
di al amigo de tu infancia,
al que te ama con ternura,
que otro vaso de amargura
espera a su corazón.

MARQUÉS

Antes de alzar de la tierra
yo ruego a mi soberano
que me dé a besar la mano
de mi feudo por señal.

REY

(Conmovido le da a besar la mano.)

Bien, marqués; y dime ahora,
¿qué nueva prueba, qué marca
de humillación tu monarca
ha de consentir, qué mal?

MARQUÉS

Cuando vengo, don Enrique,
con pecho sencillo y puro,
por mi palabra os lo juro,
y os lo juro por mi Dios,
a implorar de vos clemencia,
a pedir que perdonados
los nobles extraviados
puedan volver hacia vos,
consentid que sólo sea
mi voz para vuestro oído;
solo a vos hablaros pido;
quiero hacerlo en puridad;
que estos nobles infanzones
al verme de horror se llenan,
sin escuchar me condenan.

REY

Mis amigos, despejad.

DUQUE

¡Qué oprobio!

NOBLE 2.º

¡Qué fiero insulto!

ARZOBISPO

Protesto que esa blandura
os abrirá sepultura;
don Enrique, permitid
que me oponga a ese mandato,
porque el hombre que acaudilla
la rebelión en Castilla...

REY

Buen arzobispo, salid.

Escena IX

EL REY, EL MARQUÉS DE VILLENA y EL MAESTRE DE CALATRAVA, que se aleja, pero entra en escena después.

REY

Ya estás libre, Juan Pacheco;
escucharé lo que dices;
habla, no te ruborices
de hablar hoy a tu señor
en nombre de los rebeldes,
que así la suerte lo hizo.

MARQUÉS

Mi rey, no me ruborizo
de hablar cual embajador
de la ofendida nobleza;
que si su espada desnuda
es, señor, porque se duda
si gozáis de libertad.
Que dicen que el soberano
ya no gobierna en Castilla,
que el arzobispo le humilla
y prime su voluntad.

REY

¿A mí?

MARQUÉS

Señor, soy sincero;
escuchad con tolerancia
al amigo de la infancia,
al que siempre leal os fue.

REY

¿Y contra el buen arzobispo
de Toledo qué reclaman?

MARQUÉS

Señor, don Opas le llaman

por tildar su mala fe.

REY

¡Don Opas al que fue solo
entre tanto consejero
el que con pecho sincero
mi triste causa abrazó!
¿Y te atreves a acusarle?

MARQUÉS

A no estar yo convencido
de que es, señor, fermentado,
y a vuestra alteza faltó,
¿cómo osara, rey Enrique,
conservar aquí la calma
que resplandece en mi alma
cuando acuso su lealtad?
Ni piden los caballeros
que se castigue al prelado;
sólo quieren que un juzgado
patentice la verdad.

REY

Mas ¿cómo? ¿Qué hizo Fonseca?
¿Cuál ha de ser su juicio?

MARQUÉS

El que más justo y propicio
para un acusado es.
Aprisionéle luego
Por su culpa o su inocencia;
vos, señor, la sentencia
o el perdón daréis después.
Que si su culpa no fuera
clara cual la luz del día,
y más que la noche fría,
tenebrosa y criminal,
ni yo, señor, le acusara
incurriendo en grave pena...

REY

¿Y tú, marqués de Villena,
que te precias de leal,
el solo apoyo me robas
que quiso el hado inclemente
dejar a mi triste frente

surcada por el dolor?
Tú que de niño y doncel
antes que nos diera al seno
su aromático veneno
su blanda crueldad amor,
conmigo partir solías
tu pesar y tu esperanza,
cuando aun no la dura lanza
nos era dado empuñar;
y en las belicosas justas,
aguijando los corceles,
cañas entre los donceles
arrojábamos al par,
desamparado me quieres,
sin ayuda, sin consuelo.

MARQUÉS

¿Y qué, señor, mi desvelo
nada vale en vuestra pro?
¿Nada vale la nobleza
que a vos sumisa se ofrece,
y cuya honra merece
la vindicta que pidió?

REY

Dime al fin qué solicitas.

MARQUÉS

Unánimes deseamos,
los que en Burgos nos juntamos
por propia seguridad,
la prisión del arzobispo;
y al punto juzgado sea
como vuestra alteza crea
que mereció su maldad.

REY

¿Sólo viniste por eso?

MARQUÉS

Antes vine, don Enrique,
para alzar patente dique
contra nueva sedición;
pues en Burgos se decía
que la infanta por insano
consejo, niega su mano
a la reconciliación.

De Fonseca son astucias;
sin duda que la redujo...
Pero no llega mi influjo
la nobleza a contener.
Y si los tratos se rompen
y la palabra empeñada,
fuerza será que la espada
la torne a restablecer.
Don Alonso es el primero
que lo pide como infante;
y jura quedar triunfante
o perecer con honor.

REY

¿Nada, marqués, te convence?
¡Cuán severo está conmigo
aquel cariñoso amigo
a quien debí tanto amor!
¿Qué pides?

MARQUÉS

Que al de Toledo
se ponga en prisión segura;
y que el pacto que asegura
de la princesa Isabel
la mano para el Maestre
se realice con presteza;
vos veréis si la nobleza
os es entonces infiel.

REY

Dos amigos solamente
plugo a los cielos dejarme,
uno para aconsejarme,
otro para la aflicción.
En honda oscura mazmorra
pone al primero tu mano,
otro entregas a tu hermano,
y a mí la tribulación.
El Dios del cielo piadoso
mejor a ti juzgue un día,
que en horrorosa agonía
bañas mi pecho, marqués.
Escribe, y a Dios responde,
que a ti, don Juan, toca hacello;
toma mi pluma y mi sello,

la muerte venga después.

MARQUÉS

(Escribiendo.)

Responderé a mi conciencia,
y responderé a vos mismo,
pues yo os salvo de un abismo
que ya os iba a devorar.
Al de Fonseca en prisión
por la salud del Estado.
El rescripto está acabado,
dignaos, señor, repasar.

REY

(Apartando los papeles.)

No, marqués; ¡pobre Fonseca!

MARQUÉS

Dispensad: fuerza se hace
cual condición del enlace...

REY

Para, para: ¡ah del ujier!

Di a mi hermana que la aguardo.

MARQUÉS

¡Señor!

REY

Con paciencia espera.
Es la condición más fiera
que se me puede imponer.
Yo amo a mi hermana, Pacheco;
por ti con pesar la inmolo,
pero no quiero ser solo
en herir su corazón.

MARQUÉS

Si yo pudiese aplacar
del Maestre el amor violento,
pero es tenaz opulento
y le ciega la pasión.

REY

¡Opulento! ¿Y a quién debe
sus riquezas y boato?
A mí, que le di al ingrato

armas con que hacerme mal.

MARQUÉS

Vuestra riqueza os devuelve
cuando más se acerca al trono;
sus intenciones abono,
que es el maestro leal.
Y si al aleve Arzobispo
se aprisiona en el instante;
y se devuelve al Infante
su legítimo poder;
y doña Isabel enlaza
con el maestro su mano,
ya no habrá poder humano,
señor, que es pueda ofender.

Escena X

Los mismos y LA INFANTA con su acompañamiento.

MARQUÉS

¿Me hará merced vuestra alteza
de darme a besar su mano?

INFANTA

¿Vos, marqués? ¿Con don Enrique?
Siempre os tuve por osado;
mas no pensé que flaqueza
mostrase tanta mi hermano:
¡escuchar los mensajeros
de sus rebeldes vasallos!

REY

Ya no los tengo, Isabel;
ya todos me abandonaron.
(Aparte.)
Teme por el niño Alonso.

INFANTA

Triste de mí. ¡Cuán amargo
recuerdo hiere mi alma!

REY

Juan Pacheco me ha probado

que es un servidor leal,
y que busca el bien de entrambos.
No te muestres tan severa.

INFANTA

¡Ah qué lucha, cielos santos!
Yo aborrezco a los traidores,
pero temo por quien amo.

REY

Retracta tu negativa.

MARQUÉS

Del entendimiento claro
de vuestra alteza, señora,
nunca esperé que los pactos
de las nupcias se rompieran.

INFANTA

¿Cómo está Alonso?

MARQUÉS

Acatado
por mi influjo entre los nobles.

INFANTA

¡Ese influjo si empleado
le hubierais por el monarca,
o si mi anhelo escuchando
el rey os prendiese ahora!
Sed una vez soberano,
don Enrique, y plegue al cielo
mover vuestro pecho helado.

REY

Isabel, no así te indigna.

MARQUÉS

¿Y sólo ese premio aguardo
por defender a los vuestros?
¿La suerte no os duele acaso
de don Alonso, ese niño
por todos desamparado?
¿Fue justo que a don Beltrán
se concediera el maestrazgo
único de don Alonso?

¿Cómo los de Santiago
no desnudaran la espada
por su maestre agraviado?

INFANTA

Asaz conozco, marqués,
el desgobierno y el caos
en que el rey mi señor vive,
y viven sus cortesanos;
asaz lloro las desgracias
que al triste pueblo aquejando
tornaran ambas Castillas
en un tenebroso osario.
Pero ni sois vos, marqués,
ni son los de vuestro bando,
los que plañir deberían
ni hablar de males y agravios;
que vosotros, la justicia
y la equidad reclamando,
buscáis la propia grandeza
y olvidáis la del Estado.
Intolerantes, altivos,
pródigos al par y avaros,
vuestros manejos deslustran
el trono de los Fernandos;
con la vista en el tesoro
y la justicia en los labios,
¿pensáis gobernar hiriendo
a los pueblos castellanos?

MARQUÉS

Por eso mismo, señora,
es fuerza que el poder vasto
de los indómitos nobles
ya toque a su final plazo;
que al trono los feudos vuelvan
en las batallas ganados;
y un vínculo poderoso
estreche en eternos lazos
al infanzón y al monarca.
Éste sea el primer paso
de una reconciliación
que nos libre del naufragio.

REY

Pobre, mírame Isabel,

perseguido y destronado
consúmese el sacrificio
antes que, Isabel, sea vano.

MARQUÉS

Nunca ha de serlo, señor,
mientras que la espada al lado
ciña el marqués de Villena.
Reflexionad que colmados
serán por vos, mi señora,
no los votos solitarios
de un humilde caballero,
que yo desinteresado
siempre fui, desde la cuna,
sino los que nobles tantos
formaran con intención
de darle cima alentados.
Vos símbolo sois, princesa,
de las paces que anhelamos.

REY

Ya tú la tibieza viste
que en el consejo mostraron
de Navarra y Aragón
los dos nobles enviados;
ya viste que el Arzobispo...

INFANTA

¡Basta, señor! Rescataros
sabré a vos y a don Alonso:
Marqués, el injusto fallo
decidió ya vuestra espada;
triumfasteis, porque yo el casco
no visto ni malla dura.

MARQUÉS

¡Señora, yo...!

INFANTA

Mas los pactos
no firmaré sin que sean
más decorosos, más amplios,
y la primer condición
la libertad de mi hermano.

MARQUÉS

Vos misma dictad la letra
cual fuere de vuestro agrado,
y satisfaced en ella
los deseos más lejanos.

REY

A Dios, marqués de Villena.
¡Que me hayas tú violentado
a tal capitulación!
¡Isabel! ¡Hermana! Vamos.

Escena XI

EL MARQUÉS y EL MAESTRE.

MARQUÉS

¡Maestre de Calatrava!

MAESTRE

Heme aquí. ¿Se han conformado?

MARQUÉS

Busca luego al Arzobispo,
y con prudencia y recato
dile que voy a prenderle,
que viste tú el real mandato.
Mírale; que si se estima,
si aprecia su vida en algo,
con pronta instantánea fuga
cure de ponerse en salvo,
que estoy resuelto esta noche,
Maestre, a sacrificarlo.

MAESTRE

¿Pero no fuera mejor
la realidad que el amago?
Déjale prender por Cristo;
y pues su muerte has jurado,
muera de una vez.

MARQUÉS

Maestre,
cúmplase lo que yo mando.
¿Entendiste mi palabra?

Sé en el repetirla exacto.
Esos fieros y esas muertes
para asustar mentecatos
son a veces provechosos,
mas no para realizados.
Vale mucho el Arzobispo,
y es el solo de palacio
que a mi grandeza levanta
insuperables obstáculos.
Huya luego de la corte;
y si pasa a nuestro campo,
ni a mí me queda un rival,
ni a ti tan fuerte contrario.
Actividad, vigilancia.

MAESTRE
Mas...

MARQUÉS
Vuela el tiempo.

MAESTRE
Ya parto.

Escena XII

EL MARQUÉS.

EL MARQUÉS
Conseguí, ciega fortuna,
que se humillase la Infanta;
en tus alas me levanta...
¡cual levantaste al de Luna!
¿Por qué, memoria importuna,
recordármele te plugo?
Si el reino se dobla al yugo
que tal vez le impongo yo...
¡él también le gobernó,
mas... dio su cuello al verdugo!
¿Y acaso la inestable suerte
nunca será favorable?
¿Porque murió el condestable
con ignominiosa muerte,
rendido el ánimo fuerte

su historia contemplará,
y ante el poder temblará
que le ofrece enlace regio?
No; que el corazón egregio
los azares vencerá.
Ni es mi pronóstico vano,
que la boda consumada,
con sangre real mezclada
quedará la de mi hermano;
y entonces... sólo mi mano
gobernará la Castilla;
entonces de mi cuchilla
dependerán paz y guerra;
¿quién empañará en la tierra
astro que tan puro brilla?

(Sale.)

CUADRO PRIMERO

Burgos: palacio del condestable de Castilla.

Escena I

EL CONDESTABLE, EL CONDE DE ALVA, EL DE PLASENCIA, DON DIEGO
MANRIQUE CONDE DE TREVIÑO, otros NOBLES y UN UJIER.

CONDESTABLE

¿Y vos mismo habéis hablado
al maestre?

ALVA

Yo, aquí cerca.
Que en Burgos entraba ahora;
me pidió que os advirtiera
su venida; llega luego.

PLASENCIA

Ya era tiempo de que cuenta
de su cometido diesen
él, y el marqués de Villena.

CONDESTABLE

¿Mas no ha llegado el marqués?

ALVA

Hoy el maestro le espera.

PLASENCIA

Impaciente estoy por Dios
hasta saber con qué nuevas
vuelve a Burgos el maestro.

ALVA

No fue muy veloz su vuelta;
el marqués, sea dichoso en paz,
no habrá perdido su hacienda
con el viaje a la corte.

PLASENCIA

¿Y qué habrá ganado en ella?

ALVA

Don Enrique es generoso,
señor conde de Plasencia;
Y a un embajador ¿qué menos
ha de dar que una encomienda?

Escena II

Los mismos, y EL MAESTRE DE CALATRAVA.

UN UJIER

El maestro de Calatrava.

CONDESTABLE

(Abrazándole.)

Bien venida vuestra alteza.

MAESTRE

Aun no gozo, condestable,
de tan alta preeminencia.

(Abrazando a algunos nobles.)

Bien hallados, mis señores.

CONDESTABLE

¿Cómo aquella corte queda?

MAESTRE

Solitaria, sin pujanza,
y muchos amigos velan...

CONDESTABLE

¿Se convence el arzobispo?
¿Qué dice de la nobleza?

MAESTRE

El marqués mejor que yo
entiende de esas materias,
y os explicará... yo sé
tan solo que la princesa
se digna ya con su mano
premiar mi amante terneza;
que se han de satisfacer
todas vuestras justas quejas,
arrancándole el maestrazgo
a don Beltrán de la Cueva
para volverle al infante;
si bien algo necio fuera,
después que le hicimos rey,
darle, además, esas rentas.

CONDESTABLE

No hay pensar en tal sandez:
¿mas son las gracias sinceras,
o pretextos solamente
para que dure la tregua?

MAESTRE

Don Enrique ha comenzado
por darnos de su fe prueba,
concediéndole al Marqués
ciertas ciudades y tierras;
pero en galardón destina
muchas más a las proezas
que acabasteis, caballeros,
en tan lamentable guerra,
y el maestrazgo de Santiago...

ALVA

Al fin no desaprovechan
al entendido marqués
las desgracias que lamenta;

feudos le da don Alonso,
y don Enrique preseas;
vaya por Dios.

MAESTRE

Son presentes
que nunca rehusar debiera,
buen conde, un negociador.
A vos mismo vuestras deudas
don Alonso satisfizo:
¿y bastará esa fineza
para que rehuséis ingrato
las gracias que hacer intenta
en vuestra pro don Enrique?
Con lo que los tiempos llevan
conformarse es necesario.

PLASENCIA

¡Vanidades todas esas!
Mientras en gracias pensamos
¿quién sabe si en contra nuestra
arma gente el arzobispo
y por las Castillas entra?

ALVA

¿Y aun encerrado en los muros
teméis a su reverencia?

PLASENCIA

Temo yo cual los valientes;
su astucia temo, y su fuerza,
que es sagaz el de Toledo,
y débil nuestra bandera.

MAESTRE

El de Toledo, seor conde,
no ha de causarnos sorpresas;
que aunque hoy mismo llega a Burgos,
no trae más gente de guerra
que un capellán y dos pajes,
con un saco de indulgencias.

CONDESTABLE

Viene a negociar sin duda.

ALVA

¿El arzobispo se acerca
desarmado a nuestros muros?

TREVIÑO

Harto mas la sutileza
temo yo del arzobispo
que sus armas y querellas;
que no es grande capitán
todo aquel que estudia o reza.

PLASENCIA

Castillos y calabozos
hay en Burgos, se le encierra,
y no vuelven a ver luz,
ni él, ni su misión secreta.

MAESTRE

El de Toledo, señores,
viene a ofrecer su influencia
al príncipe don Alonso.

CONDESTABLE

¿El de Toledo se muestra
tan propicio a nuestras miras?
¿Son esas noticias ciertas?

TREVIÑO

Pues entónese ya el triunfo,
que dudarlo fuera mengua.

CONDESTABLE

¿Mas cómo?

MAESTRE

Supo que Enrique,
yo ignoro por qué materias
de Estado, a prenderte iba;
huyó luego, y se presenta
a servirnos o a vengarse
como la fortuna quiera.

CONDESTABLE

¡El Arzobispo!

MAESTRE

Pendones

ya en Ávila hizo Fonseca
levantar por don Alonso.

TREVIÑO
¿Y el marqués?

MAESTRE
Fue el quedar fuerza
para acabar los contratos
de las bodas.

TREVIÑO
¡Así puedan
las gentes ya licenciarse
que tan costosas nos eran!
Podremos ir a la corte...

MAESTRE
Más despacio y con cautela,
señor conde de Treviño;
que aunque la verdad completa
es mi deber presentaros,
las mercedes y promesas
cuyo padrón traigo aquí,
no me parece imprudencia
antes verlas realizadas
que nuestras huestes disueltas.

CONDESTABLE
Tanto mas cuanto es forzoso
que también su lugar tengan
las mercedes que cual rey
a los que bien le sirvieran
cumple hacer a don Alonso.

MAESTRE
Pide el honor que así sea;
que su causa defendimos
honrosamente en la arena,
y fundamos la unidad
que a los próceres sustenta.

CONDESTABLE
Justo es que así se declare
por medio de recompensas.

PLASENCIA

Pues viva el rey don Alonso.

MAESTRE

Mientras los yelmos resplendan
de las poderosas bandas
que ahora, señores, nos cercan,
una petición humilde
se escucha con más clemencia
que cien memoriales dados
entre tapices de seda.

Trabajemos de consumo
porque más grandes contiendas,
señores, a la infelice
Castilla no sobrevengan;
y hasta lograr paz y orden
mantened las armas puestas.

ALVA

El Maestre es nuestro escudo.

TREVIÑO

Nuestros nietos ¿qué dijeran
si así nos viesan ganar
los mayorazgos que heredan?

MAESTRE

Mas parece, señor conde,
que de hijo de la nobleza,
esa reflexión salida
de boca de quien quisiera
dar valor a los pecheros...
Mas aquí viene su alteza.

Escena III

Los mismos y EL PRÍNCIPE DON ALONSO con acompañamiento.

ALONSO

Gran maestre, bien venido:
¿cómo dejaste a mi hermano?

MAESTRE

Dadme a besar vuestra mano

(Se la besa doblando una rodilla.)
cual a súbdito rendido

ALONSO

¿Y cómo sigue Isabel?
¿Se divierten todo el día?
¿Tienen mucha cetrería?
¿Viste allí cierto doncel
a quien llaman don Ferrán,
asaz de gentil y apuesto,
en el corcel muy enhiesto
y en las justas muy galán?
¿Por qué no me le trajiste,
supuesto que estaba allí?

MAESTRE

Señor, porque no le vi.

ALONSO

Pues maestro, mal hiciste,
que es aquel bravo rapaz
mi compañero y amigo:
¿cuándo le veré conmigo?
Esta vida es dura asaz.

MAESTRE

Pero, señor, permitid
que cuenta os rinda primero...

ALONSO

Lo que antes que todo quiero
es salir para Madrid.
Adonde abrace a mi hermana,
y haya justas y festines,
y corra por los jardines,
y antes hoy que no mañana.

MAESTRE

Mas no es posible, señor,
que de Burgos Vuestra Alteza
pueda salir.

ALONSO

¡Qué fiereza!
¡Soledad siempre y rigor!
¿Pero qué mi hermano dice?

MAESTRE

Que a vos contento se humilla,
que el reinado de Castilla
sea a Vuestra Alteza felice;
y mil congratulaciones
os manda y respetos mil,
por el gobierno civil
que ejercen vuestros varones.

ALONSO

A ellos congratula pues,
y no a mí, que aun no hice nada.

MAESTRE

Vuestra prudencia extremada
nuestro solo móvil es.

ALONSO

Yo estoy triste, yo quisiera
ver a Isabel, cabalgar,
y por las plazas justar
con reluciente cimera.
Y a Ferrán, y a otros donceles,
ver quisiera yo a mi flanco,
armados de punta en blanco,
sobre espumosos corceles;
o bien en fiero escuadrón
por la vega granadina,
ver quiero cómo se inclina
el moro sobre el arzón.
Cómo el cristiano membrudo,
cuando al contrario no alcanza,
le arroja la fuerte lanza
y le atraviesa el escudo;
y cómo en la dura cota
que al moro sirve de meta
da silbadora saeta
y cae despuntada y rota.

MAESTRE

Vuestra Alteza, mi señor,
del alcázar todavía
no puede salir de día,
que hay aquí mucho traidor;

y cumple a los caballeros
guardar su persona augusta.

ALONSO

Tanto amor ya me disgusta
y ver tantos escuderos.
Siempre con formalidad,
siempre con gentes ancianas,
enfado me dan las canas,
enfado la austeridad.
Siquiera por los jardines
libre solazar debería,
sin que turben mi alegría
esos viejos paladines.

MAESTRE

Mas es forzoso, señor,
que la cámara os esconda
para que de vos responda
nuestro vigilante amor.
Escribid a vuestra hermana
la infanta doña Isabel,
y trasladad al papel
la impaciencia que os afana;
decidle que no hay remedio
para vuestra reclusión;
que os consume la pasión,
que os ha de matar el tedio.
Que solo saldréis de aquí,
ved que yo nada recato,
cuando se cumpla el contrato
que dichoso me hará a mí;
que hasta entonces no hay persona
que en Burgos os pueda hablar,
sino los que vigilar
deben por vuestra corona.

ALONSO

(Enternecido.)

Mal haya el funesto instante
en que tal corona vi,
y la hora en que vine aquí,
y en que vine al mundo infante.
¿Pero tendré libertad
cuando se acabe la boda?

MAESTRE

Tendrá vuestra alteza toda
cuanta sea su voluntad.
Y entre sus vasallos fieles
reinará según su gusto;
ni un semblante verá adusto,
sino garridos donceles.
Entonces, sin otros fines
que dar vado a su placer,
sólo tendrá que atender
vuestra alteza a los festines.
Don Enrique irá a Toledo,
que la tristeza le acosa;
yo con la infanta mi esposa
en Madrid junto a vos quedo.

ALONSO

¿Tú en Madrid?

MAESTRE

Señor, es vana
vuestra sospecha, que ya
nunca se os enojará.

ALONSO

Ven a escribir a mi hermana.

Escena IV

DON DIEGO MANRIQUE.

DIEGO

¡Infeliz! ¡Qué triste suerte
darte al destino le plugo!
Primero el acervo yugo,
¡y por término la muerte!
Habrá venido Abiabar;
ya es hora de que aquí esté.
¡Ujier! Que paso se dé
a uno que me quiso hablar.
(Se queda pensativo hasta la siguiente.)

Escena V

El mismo y ABIABAR.

ABIABAR

¿Acabó toda esperanza?

DIEGO

Toda esperanza acabó.

ABIABAR

Bien así lo temí yo.

DIEGO

Mi poder a más no alcanza.
Penetré ya el triste arcano;
morir juro yo con él;
mas sepa doña Isabel
cuánto peligra su hermano.
Sepa que por cada instante
que dura su resistencia
borra un año de existencia
a la vida del infante;
que ceda sin más decir,
don Abiabar, es preciso;
cúmplase su compromiso,
o habrá Alonso de morir.

ABIABAR

Mas defendedle, señor,
por algún plazo la vida;
si al fin ha de ser cumplida
la mente del opresor,
yo os respondo que Isabel
evitará ese atentado.

DIEGO

Aquí hay de escribir recado.

ABIABAR

¡Qué, mandato tan cruel! (Escribe.)

DIEGO

Y ese arzobispo traidor
que a su rey vuelve la cara...

¿Mas cómo a Enrique dejara?
¿Cómo así vende su honor?

ABIABAR

No es difícil que se explique
la causa, señor, del mal;
que el prelado es desleal
y es infeliz don Enrique.
(Acaba de escribir, y da una palmada.)

Escena VI

Los mismos y UN ESCUDERO.

ABIABAR

Nuño, luego a Madrid parte
sin dilación, sin demora,
sin detenerte ni un hora,
Nuño, por ninguna parte.
Preguntas adónde están
los pajes del soberano,
y este pliego en propia mano
da al que llamen don Ferrán.
¿Entendiste? ¡En el momento!
Muestra que sabes hendir
los aires.

(Sale el escudero.)

DIEGO

Dios impedir
quiera el delito cruento.

CUADRO SEGUNDO

Escena VII

El mismo palacio de don Enrique: EL REY, abatido y lloroso. Algunos CABALLEROS le acompañan.

ENRIQUE

Yo, a quien un tiempo acataron
tantos ricos infanzones
que brillaban cual luceros
en el campo y en la corte;
el arzobispo, el marqués,
todos me fueron traidores,
y agora desesperado,
mísero, abatido y pobre,
en mi soledad me quejo
sin que saluden mi nombre
mas que injurias y denuestos.

UN NOBLE

Vuestra alteza me perdone,
que aun quedan al rey Enrique
muchos fieles servidores.
Quizá se acerca ya el día
en que la copa se colme
del dolor, y al cielo plazca
tornároslo en bendiciones,
que ya al vicario de Cristo
llegaron vuestros clamores,
y su anatema sagrado
derrocará los pendones

de la aleve sedición;
y Dios hará que tremolen
vuestras invictas banderas
en los mismos torreones
adonde flotan al viento
las de los altivos nobles.

ENRIQUE

Esa es mi sola esperanza;
que si mi mal no socorre
con su benigna influencia
el Supremo Sacerdote,
¿qué será de mí? He cedido
por diversas pretensiones
del Maestre, aquello poco
que ya me quedaba, en dote
para mi hermana Isabel;
fueros, villas y exenciones
di también a la nobleza;
tú sabes que los favores

pago yo siempre al contado
poniéndoles precio doble;
sólo olvido las ofensas;
mas si bien me hace algún hombre,
viva y leal mi memoria
aquel bien por siempre acoge.

EL NOBLE

Los castellanos, señor,
vuestra virtud reconocen;
ellos vengaros sabrán.

ENRIQUE

¡Y mi hermano! ¡Cuán ignoble
fue su conducta conmigo!
¿Qué no le di? ¿Qué ocasiones
evité de complacerle?
Y porque los ricos-hombres
me obligaron a quitarle
su maestrazgo, se propone
arrojarme de mi trono,
acaudillar los motores
del mismo mal que lamenta,
pedir que no se perdone
a los mismos que quisieron
defenderle con razones.

EL NOBLE

Recuerde, señor, su alteza
que a don Alonso le imponen
la obligación de agraviaros,
y que en la almenada torre
de Burgos preso se encuentra,
aunque monarca le nombren;
recordad que aun hay, señor,
quien de serviros se honre,
que sois rey.

ENRIQUE

Mas sin vasallos.
(Adelantándose, y en voz baja a su interlocutor.)
Mi secreto no te asombre.
¿Sabes tú quién consiguió
a fuerza de instigaciones
que el maestrazgo le quitase
a mi hermano, o hasta dónde

instó con sagaz empeño?
Mas ¿de callarlo respondes?
Mira que mi propia vida
diciéndolo en riesgo pones;
pues fue el marqués de Villena,
ese mismo que por orden
ahora clama y por justicia,
entre armados escuadrones.

EL NOBLE
¡Señor!

ENRIQUE
Pero no lo digas.

EL NOBLE
El Dios que rige los orbes
por medio de su vicario
cortará las disensiones.
También vuestros aliados
quizá todos se proponen...

ENRIQUE
¡Mis aliados! ¡Morir
con sus buenas intenciones
me dejan de muerte cruda!

EL NOBLE
Tal vez ocultos resortes
tocarán para salvaros.

ENRIQUE
Tan ocultos que se borren
de la memoria y la vista,
o quizá que ni aun les toquen.

UN UJIER
El noble obispo Venerio,
de su santidad en nombre,
pide hablaros.

ENRIQUE
Cielos justos,
¿si acabarán tus rencores?
¡El nuncio mismo del papa!
Salid luego, mis varones,

recíbidle en vuestros brazos,
prodigadle los honores.

(Salen algunos NOBLES.)

Él refrenará la audacia
de mis fieros campeones;
y del clero refractario
los atentados enormes
sabr  castigar también,
que yo le colmó de dones
y ahora ingrato me maltrata
y el reino siembra de horrores

Escena VIII

Los mismos, EL OBISPO con algunos CAPELLANES, y los NOBLES que salieron a recibirle.

OBISPO
(Abrazando al REY, que se adelanta a recibirle.)
 Se or!

REY
Seas bien venido.

OBISPO
Me manda su santidad...

REY
Ah, buen Venerio.  En verdad
me encuentras tan desvalido!
Sin perder tiempo es forzoso
ir a Burgos de contado;
Alonso me ha destronado;
no quiero serte enojoso;
 l empero es el señor
que rige hoy a la Castilla,
los rebeldes acaudilla;
parte luego por favor;
y que tus palabras santas
calmen la furia inclemente,
que arrebatara a aquella gente,
todos caigan a tus plantas.

Mis facultades te cedo;
monarca le han elegido;
mas sabes ¡ah!, ¿quién le ha ungido?
el prelado de Toledo.

OBISPO

Ya lo sé.

¿Pero así peca
contra el regio bienhechor
ese arzobispo traidor
don Alonso de Fonseca?
¿Y también mi propio hermano
a la traición se abandona?
¿También contra mi corona
alza la rebelde mano?
Y decreta mi prisión
sin ver que los desleales
con aguzados puñales
traspasan mi corazón.
Partid, obispo Venerio,
partid luego sin demora,
que hoy arrastra cada hora
un siglo de vituperio.
Mi sangre anhelan verter
en patíbulo elevado,
y tú, hermano Alonso amado,
tú puedes verla correr.
¿Qué te hice yo, Alonso mío,
para que agora inhumano
en contra tu propio hermano
aseses el hierro impío?
Parte, obispo, sin temor;
a ti te respetarán,
tu voz obedecerán.

OBISPO

¡Don Enrique, mi señor!

REY

El de Villena está aquí;
pero ¿creerás que el osado
en mi casa me ha insultado,
y que me amenaza a mí?
¿Creerás que el desnudo hierro
altivo me presentó...?
Basta, Venerio, que yo

sólo al pensarlo me aterro.
Con Isabel partirá...
Pasa a Burgos, buen amigo,
y el Señor vaya contigo,
y su perdón luzca ya.

OBISPO

Es inútil, don Enrique.

REY

¡Cómo! ¿Y el papa también
ya me mira con desdén?
¿También él quiere que abdique?
¿Tanto he pecado, Señor,
que no hay para mí piedad?

OBISPO

Vuestra angustia sosegad,
y escuchadme por favor,
que su santidad me envía
para prestaros consuelo;
mas de otra manera al cielo
decretarlo convenía.

REY

Buscad pues a los traidores.
Cumplid su santa intención.

OBISPO

Por llenar esa misión
ya en Burgos vi a los señores.

REY

¿A Burgos, obispo, has ido?

OBISPO

Ya, señor, vengo de allí,
y funestas cosas vi
que dar hora a vuestro oído.

REY

¿Y qué los nobles dijeron?
¿Cómo respondió mi hermano?

OBISPO

Para besarle la mano

vanas mis instancias fueron;
en el cautiverio gime
que le dieron los traidores.

REY

¿Y ni una espada, señores,
a don Alonso redime?

OBISPO

Es dorada su cadena,
ora suave, ora fuerte,
según lo quiere la suerte
o lo manda el de Villena.

REY

Mas los nobles ¿qué dijeron?
¿Cuál es al fin su intención?

OBISPO

Que es santa la sedición
tumultuosos respondieron.
Dijéronme a mí, al legado,
en confusa gritería,
que Burgos no obedecía
los caprichos de un prelado.
Y añadieron luego ¡oh mengua!
que si al punto no callaba,
pronta una espada se hallaba
para cortarme la lengua;
que mi mejilla no herían
con los sus guantes bruñidos,
por respeto a los vestidos
que a la sazón me cubrían;
que al Papa no dé esta guerra
más importuno desvelo;
con sus llaves que abra el cielo
sin curarse de la tierra.
Y que si se fulminaban
contra ellos excomuniones,
ellos con otras razones
nulas ya las declaraban;
que al concilio apelarían;
que terrenal es su culpa;
y tan fundada disculpa
los padres no desoirían.
Y para más irrisión

de Burgos luego me echaron,
y las puertas entornaron
cubriéndome de baldón.

REY

Ya para mí no hay remedio;
ya se acabó mi esperanza;
nada para mí se alcanza.

OBISPO

Queda, señor, solo un medio;
los mismos que escarnecían
mi sacrosanta misión,
la palabra de Aragón
humildes respetarían.
¿Su monarca no pudiera...?

REY

Ayudarme prometió,
y a su palabra faltó
cual si dádola no hubiera;
¡y a mí que le serví tanto!
Mi azote es la ingratitud
Isabel, ¡ah!, mi virtud
fortalezca el cielo santo.
Sólo este dardo faltaba
para desgarrar mi pecho.

OBISPO

Dominad vuestro despecho.

REY

Venerio, tanto la amaba.

Escena IX

Los mismos, LA INFANTA vestida de viaje, y acompañada de NOBLES, DAMAS,
DUEÑAS y ESCUDEROS.

ISABEL

Abrázame, hermano; por la vez postrera
quizá que en el mundo lo puedas hacer,
y a mis servidores...

REY

El cielo no quiera
robarme la dicha de volverte a ver.
Ah virgen ilustre, excelsa heroína
que a la patria inmolas tu felicidad,
el pesar amargo tu frente no inclina;
pasara tu nombre de una en otra edad.

ISABEL

A los cielos plugo darme regia cuna;
soy de la Castilla, que vida me dio;
combatí esforzada la adversa fortuna;
a mi patria, empero, no combato yo.
Y si en holocausto la triste Castilla
demanda mi sangre, pide mi penar,
la frente serena bajo la cuchilla
tenderé gustosa sobre el patrio altar.
Los cielos piadosos saben, don Enrique,
que inunda mi alma la tribulación;
mas al desacato fuerza es poner dique,
fuerza ahogar la llama de la rebelión.
¡Aciago viaje, nupcias desdichadas!
De quebranto llena me aparto de ti;
felice si calmo pasiones airadas,
dichosa si en calma vuelvo a verte aquí.
A Dios, que este cáliz triste, don Enrico,
que a mi labio toca es fuerza apurar;
por ti, por Castilla yo me sacrificio;
el cielo la ofrenda se digne aceptar.

UN UJIER

Señor, solicita paso el de Villena.

INFANTA

Aguarda no momento (Abraza a su hermano.)
por la última vez.
(Con firmeza.)
Dale paso libré.

REY

La voz me enajena
del dolor agudo la horrible embriaguez.
(EL REY se sienta desfallecido de pesar.)

Escena X

Los mismos, EL MARQUÉS DE VILLENA, y FERRÁN disfrazado entre los caballeros de la comitiva.

MARQUÉS
¡Señor!

INFANTA
Es la hora de que al sacrificio
la víctima parta; abrid paso vos;
mi dolor el ciclo contemple propicio.

MARQUÉS
De mi fe sincera también juzgue Dios.
Que yo no merezco ¡oh preclara infanta!,
la amarga censura que os plugo lanzar;
vuestro esposo espera junto al ara santa
el voto, señora, que vais a prestar;
por acompañaros cual fiel escudero
¿acaso os ultraja quien en fiera lid
sobre el yermo campo muriera primero?

INFANTA
Marqués, nos aguardan en Valladolid.
¿Estáis ya dispuesto con esos soldados?

MARQUÉS
A serviros prontas mis gentes están;
mas los hombres de armas son vuestros criados,
y del rey Enrique los que guardia os dan.

INFANTA
¡Del rey!

MARQUÉS
Sí señora, de mi soberano;
vuestra orden espero; señor, permitid
que bese de hinojos vuestra augusta mano;
mandadme, cual siempre, en Valladolid.

INFANTA
(A DOÑA BEATRIZ viendo a DON FERRÁN, que para darse a conocer se levanta la visera.)
¿Le ves? Ya no hay duda; ¿y a mí se presenta?

¿Para cuántos males vivirá Isabel?

BEATRIZ

¡Valor! ¡Confianza!

INFANTA

¿Mas qué hacer intenta?

BEATRIZ

¡Audacia increíble es la del doncel!

REY

¿Y tú, Juan Pacheco, te llevas mi hermana?

¿Solo, abandonado me quieres dejar?

MARQUÉS

Señor, un instante.

(Siguen hablando en voz baja.)

FERRÁN

(Aparte.)

La esperanza es vana

de aquellos, señora, que os van a inmolar.

INFANTA

¡Ah triste! Fallezco.

FERRÁN

Señora, yo os juro

que si al pie del ara os llegáis a ver,

sabrá del maestro mi hierro seguro

el sí aborrecido allí contener.

Tomad sin recelo la propuesta vía,

que yo tengo espada, y tengo valor;

vuestra grave ofensa ya, señora, es mía,

y yo rescatarla sabré por mi honor.

REY

Basta ya, Pacheco, basta de razones:

¡ah mísero Enrique!

(Abraza en silencio a su hermana, y se retira por el fondo.)

INFANTA

¡A Dios! ¡Qué pesar!

Estoy pronta. Vamos.

MARQUÉS

Las tribulaciones

augusta princesa van a terminar.

ACTO QUINTO

Valladolid: sala del palacio de don Diego Manrique, conde de Treviño.

Escena I

EL MAESTRE y EL CONDE DE TREVIÑO.

MAESTRE

Señor don Diego Manrique,
señor conde de Treviño,
aceptad la gratitud
de compañero y de amigo
por la espléndida acogida
que mí esposa os ha debido;
hasta ahora ignoraba yo
que alcázar tan bien provisto
en Valladolid tuviésedes.

TREVIÑO

Es para vuestro servicio.
Cuando acá llegó Su Alteza
con vuestro hermano, rendido
debí ofrecerles a entrambos
para descanso un asilo
que aunque pobre, suyo fuera.
Hoy, Maestre, me he atrevido
algún poco a decorarle
para las fiestas.

MAESTRE

Sois fino,
Conde, al par que generoso.

TREVIÑO

Me honráis, Maestre, infinito.

MAESTRE

¿Avisaron ya a la Infanta
de mi vuelta?

TREVIÑO

A recibiros
contestó que al punto sale.

MAESTRE

Ahora, Conde, un don os pido.

TREVIÑO

Libre disponed, señor,
del Conde a vuestro albedrío.

MAESTRE

Generoso, el Conde, sois;
honradme, yo os lo suplico,
concurriendo a la capilla
como principal testigo,
pues la bendición nupcial
a darnos va el Arzobispo.

TREVIÑO

Tantas honras me confunden.

MAESTRE

¿Está todo prevenido?

TREVIÑO

Ya sólo falta, Maestre,
que se cumpla el santo rito.
Y plegue a Dios que terminen
con él feudos y delitos,
y que renazca la paz
sobre los altares mismos.

Escena II

Los mismos, DOÑA ISABEL vestida de boda, con sus DAMAS, y DOÑA BEATRIZ.

MAESTRE

(Inclinándose y doblando una rodilla.)
Conceded, noble Princesa,

que vuestro esposo sumiso
bese vuestra augusta mano.

ISABEL

(Dándole a besar la mano.)
A vos que no a mi marido,
gran Maestre, se la doy;
gozar en paz séame lícito
de una hora que me queda
de libertad.

TREVIÑO

(Saludando.) Me retiro
con vuestra venia, señora.

Escena III

Los mismos, menos EL CONDE.

MAESTRE

¿Tanto os pesa el yugo mío,
que los instantes contáis
que dél os libra el destino?
¿Merece rigores tantos
el que a vuestros desvalidos
hermanos supo escudar?
¿Aquel que en vuestro cariño
espera hallar su ventura
y ser de gozarla digno?
Que si mis esfuerzos todos,
mis preces, mis sacrificios
bastaran a hacer felice
a mi infanta...

ISABEL

No he nacido
para ser dichosa yo.
Si severo el labio dijo
lo que el alma padecía;
si a ser vuestra me resisto;
si es el veros para mí
el más horrible martirio,
pronunciado el sí fatal
sabré cumplir lo ofrecido;

hasta entonces... sed piadoso,
dejad mi dolor conmigo.

MAESTRE

Ni aun entonces lograré
un amistoso suspiro,
una halagüeña mirada...

ISABEL

Si vos abris el abismo,
¿por qué al contemplar su cráter
vaciláis estremecido?
Sollozos yo os los daré;
y vuestro tálamo frío
con lágrimas dolorosas,
y con silencio sombrío,
festejaré cual conviene
no al amor, al odio altivo.

MAESTRE

Supuesto que os importuno
dadme, señora, permiso...

ISABEL

No pudisteis pedir gracia
más lisonjera a mi oído.

MAESTRE

(Aparte.)

Goza en paz de tus desdenes,
que yo, Infanta, no me humillo;
da una hora a tu despecho;
yo daré una vida al mío.

Escena IV

Los mismos, menos EL MAESTRE.

BEATRIZ

¿Y es posible, mi señora,
que no recobréis la calma?
¿Por qué no lanzáis del alma
el dolor que la devora?
Si no hay para el mal remedio

que en vuestra mente domina,
combatid cual heroína,
y no os venza ignoble tedio;
que en las finezas futuras
y en la mutua confianza,
se deja ver la esperanza
de no soñadas venturas.

ISABEL

¿Y el tiempo fuerza tendrá,
tendranlo riqueza o gloria
para borrar la memoria
del cariño que aquí está?
¿O ha de lograr por ventura
el Maestro, mi señor,
apagar mi antiguo amor,
ahogar mi antigua ternura?
¿Por qué humanos sentimientos
a mí el cielo quiso dar?

BEATRIZ

Para que sepáis triunfar
de sus caprichos violentos.

Escena V

Los mismos, EL CONDE DE TREVIÑO, y FERRÁN armado: luego que entra se alza la visera.

TREVIÑO

(A FERRÁN.)

Pasad, señor; vedla allí.
Sin recelo hablar podréis.

FERRÁN

Mas vos, conde, cuidaréis...

TREVIÑO

Nadie se acercará aquí.

ISABEL

¡Ah! ¿qué es esto, señor conde?
Vos me habéis hecho traición.

TREVIÑO

Señora, vuestro perdón;
harto mi lealtad responde.

ISABEL

Señor conde de Treviño,
de alevosía os requiero.

TREVIÑO

A mí que soy caballero,
a mí que una espada ciño
que siempre por vos vibró;
a mí que nacer os vi,
que a vuestro padre serví,
¿fementido he de ser yo?

ISABEL

¿Y vos, doncel, no sabéis
ni aun respetar mi decoro?
¿Estas lágrimas que lloro,
Ferrán, no compadecéis?
¿Qué, nada os importa abrir
nuevas llagas a mi pecho,
nada os importa el despecho,
doncel, que me hacéis sufrir?
¿Ignoráis que hoy juraré,
al gran maestro ofrecida,
serle fiel toda la vida,
y que el voto cumpliré?

FERRÁN

No lo juraréis, señora,
que también juré ferviente
romper el nudo inclemente
de ese voto que os desdora;
y si mi amor, mi ternura,
mis ruegos, mi padecer,
no alcanzaran a vencer
los males que el pecho augura;
si vos, infanta, anhelante,
por mentida obligación,
traspasáis mi corazón
con ese dardo punzante;
si al altar subís con él,
por la fe de caballero
que al gran maestro el acero

ha de matar del doncel.

ISABEL

En una corte extranjera
de peligros rodeado...

FERRÁN

¿Y qué son para un soldado
que paz en la tumba espera?
¿Qué cien espadas a mí?
Sólo ha de matarme una:
¡sígame pues la fortuna,
y yo muera o triunfe aquí!

ISABEL

¡Morir, Ferrán! ¡Cruda suerte!
Vuestra juventud florida...

FERRÁN

Sin vos detesto la vida,
sin vos imploro la muerte.
Sin vos mis días serán
noches lúgubres de llanto,
que de tinieblas y espanto
mil espectros llenarán.
Y en ensueño pavoroso
y entre horrorosas visiones
veré las adoraciones
que os tributa vuestro esposo.

ISABEL

¿Mas qué pretendéis de mí,
Ferrán, con esos conjuros?

FERRÁN

Que abandonéis estos muros;
que salgáis luego de aquí;
que perdonéis mi osadía;
yo vuestro esclavo seré...

ISABEL

¡Don Ferrán! ¡Ah! ¿Qué escuché?
Más fiel, conde, yo os creía.
¿Llegó vuestro desvarío,
doncel, hasta imaginar
que era lícito insultar

a quien lleva el nombre mío?

FERRÁN

¿Yo insultaros, noble infanta,
yo faltar a mi deber,
cuando quisiera poner
hasta el cielo a vuestra planta?

TREVIÑO

En un vasallo cual yo
¿cómo, infanta, ponéis duda?
¿No fue mi espada desnuda
la que siempre os defendió?
¿En un Diego de Manrique
sospecháis la traición vil,
cuando veces mil, y mil,
peleó por don Enrique?
Si con los nobles pasé
fue por serviros mejor;
mas como el oro mi honor
puro siempre conservé.

ISABEL

No hay servicio que disculpe,
conde, la infidelidad.

TREVIÑO

Mas ya brilla la lealtad
que honor en mi pecho esculpe.
Huid sin más detención,
que libre seréis espero,
y os juro cual caballero
que os protegeré Aragón.

FERRÁN

¿No tembláis, doña Isabel,
de la opresión que os prepara
cuando juréis en el ara
ese Maestre cruel?
Objeto de su pasión,
y de su venganza objeto,
a sus caprichos sujeto
tendrá vuestro corazón;
bien sabéis que no perdona
el Maestre, y que no olvida,
y a precio de vuestra vida

comprar quiere la corona.
Para mí piedad no imploro;
sea para vos la piedad;
noble infanta, perdonad,
venid, enjugad el lloro.
En casa de los Riveros
vuestros amigos, señora,
ya están esperando ahora
cien bizarros caballeros.
Vuestras gentes allí están
prontas para rescataros;
¿y los que anhelan libraros
señora, no lo podrán?
Aragón nos auxilia.

ISABEL

¿Mas cuándo Aragón infiel
no fue a Castilla cruel?

FERRÁN

Pero ya ha llegado el día
que le une amistad sincera;
y ese pendón que levanta,
no le repulséis, Infanta,
porque antes infiel os fuera.

TREVIÑO

Cuidad que solo un instante,
doña Isabel, queda ya,
cuidad que tarde será
sino partís al instante.

FERRÁN

Un solo asilo ya os queda,
¿y le desdeñáis, señora?
Tarde será en una hora;
vuestra repugnancia ceda.

Escena VI

Los mismos, EL ASTRÓLOGO y EL ARZOBISPO DE TOLEDO.

ABIABAR

Haced, por Dios, seor prelado,

que venga luego Su Alteza,
porque si no la cabeza
a mal juego hemos jugado.
Y ya veo el funeral
sudario que hemos tejido;
que es el Maestre atrevido
y el Marqués vuestro rival.

ISABEL

Arzobispo de Toledo,
¿vos aquí?

ARZOBISPO

Vuestra inquietud
vengo y vuestra esclavitud
a romper si tanto puedo.
Vos siempre me habéis creído,
que nunca falaz os fui;
salid, princesa, de aquí,
que yo también os lo pido.
Huid del Maestre lejos,
no os detengáis más por Dios;
por vuestro hermano, por vos,
tomad ahora mis consejos.

ISABEL

¿Con los contrarios de Enrico
no estaba quien me habla así?

ARZOBISPO

Yo no sé si delinquí;
mas seguidme, os lo suplico.
A la traición alevosa
fui víctima consagrada.
¿Seréis también inmolada?
¿Seréis de un traidor esposa?

FERRÁN

Ya el sol desde el alto cielo
nos muestra su faz radiante;
si se perdiera otro instante
fuera vano nuestro anhelo.

BEATRIZ

Bien venida la esperanza
que nos da la Providencia:

señora, esa resistencia...

FERRÁN

Nos perderá la tardanza;
que ya muchos caballeros,
de alma y de pecho leal,
sólo esperan la señal
para blandir sus aceros.
Tienen la gente apostada,
de tropas las casas llenas,
cuando el Marqués cuenta apenas
con su escudo y con su espada.

ARZOBISPO

Esa virtud que en vos brilla
ceda, infanta, a la razón.

BEATRIZ

Os lo manda el corazón
y la salud de Castilla.
¿La ocasión desperdiciamos
que por nuestro bien se ordena

ISABEL

¿Pero el marqués de Villena...?
¡La fuga! ¡Mi Beatriz! Vamos.

Escena VII

EL CONDE DE TREVIÑO y EL ASTRÓLOGO.

CONDE

Audaces hemos sido, yo os lo juro.

ABIABAR

Por eso conjeturo
que si el paso se tuerce aventurado,
con vos me podré ver hoy mismo ahorcado.

CONDE

Mas tú que dirigiste
tan complicada trama, ¿no supiste
dejar salvo tu cuello?

ABIABAR

Entrambas de un cabello
penden en este punto nuestras vidas.

CONDE

¿Y así, Abiabar, olvidas
tu propia bienandanza?

ABIABAR

Nada olvidé, señor, de cuanto alcanza
a recordar activa la prudencia.
Contó mi diligencia
sus caballos y estoques uno a uno;
tengo aviso oportuno
de los que al Maestro siguen y a su hermano;
de todos sus proyectos sé el arcano;
lo que piensa el Maestro cada hora,
y la casa conozco adonde mora,
la calidad y número de gentes
que con pechos valientes
lidiarán por la infanta;
las que hay en la ciudad, las que levanta
el concejo en las villas
de todas las Castillas;
las que bajo los sayos hierros duros
ocultan al entrar en nuestros muros;
probable es la victoria; mas no cierta;
y si el marqués a conseguirla acierta
nos podremos jactar de que en Europa
no haya entre cuantos visten mortal hopa
quien ventaja nos lleve en ser ahorcado,
ni quien logre dogal más apretado.

CONDE

Mucho, astrólogo, temo
al marqués de Villena, que en extremo
es sagaz y advertido.
Pero pienso que he oído...
¡Por Dios! Mirad quién viene.
El rey con el Marqués...

ABIABAR

¿Y qué os detiene?
A su encuentro salid.
(Sale el CONDE.)
¡Mucha destreza!

Me vacila en los hombros la cabeza.

(Se retira.)

Escena VIII

EL CONDE, EL REY y EL MARQUÉS DE VILLENA.

MARQUÉS

Por fin llegamos a tiempo.
Decidle, conde, a la infanta
que su alteza aquí la espera.

Escena IX

EL REY y EL MARQUÉS.

REY

Marqués, eran infundadas
tus sospechas, como ves.

MARQUÉS

Tengo, señor, pruebas claras,
convincientes, que demuestran
la existencia de esa trama.
Pero si son por fortuna
todas mis sospechas vanas,
siempre logramos, señor,
por medio esta cabalgata
la dicha de que las bodas,
por el soberano honradas,
ganen en solemnidad,
en esplendor y esperanzas.
Al punto vendrá mi hermano,
y sobre las mismas aras
donde jure a la princesa
eterno amor y constancia,
su feudo os confirmará
la nobleza castellana.

REY

¡El feudo! ¿Sabes, don Juan,

que mi mente fatigada
apenas consiente al pecho
respirar? ¡Oh! No se calma
en mi corazón doliente
el latir de las desgracias.
¡Tan abatido me encuentro!
Páreceme que en el alma
fijó con tenaz empeño
la tristeza su morada;
no confío en mis amigos;
dudo su gesto y palabras;
perdí, marqués de Villena,
hasta el bien de la esperanza.

MARQUÉS

¿Y con tan fieles vasallos
así se aflige el monarca?
Cuando su trono sostienen
nuestras leales espadas...

REY

¡Marqués, marqués! ¿Tú lo dices?

MARQUÉS

Dícelo, señor, la fama,
lo dicen los sacrificios
que consumé por la causa
del trono y de vuestra alteza.
¿Qué no hice yo por salvarlas?
¿Y tan preclaros servicios
no merecen confianza?
¿Ha lugar a las sospechas
cuando tantos hechos hablan?

REY

Yo no dudo, Juan Pacheco,
que tú mereces las gracias
por tu ingenio y tu valor
que te di con mano franca.
Pero ¿no merezco en pago
tu poderosa alianza?
¿No merezco gratitud
de todos los de tu casa?
¿Qué deudo tuyo, qué amigo
no elevé a grandeza tanta
que de los otros magnates

la opulencia no igualara?

MARQUÉS

Nuevos vínculos, señor,
en el altar se preparan,
que el corazón del vasallo
al de su príncipe enlazan...
Pero no viene su alteza...
Permitid ¡ah del alcázar!,
ni el conde vuelve.

UN UJIER

¡Señor!

MARQUÉS

Decid al conde que aguarda
el rey de Castilla aquí.

REY

¡Tengo costumbre tan larga
de esperar, y siempre en vano!

MARQUÉS

Pero toca en arrogancia,
y es harta descortesía...

REY

Mi anhelo es ver a mi hermana.
¿Cómo estará? ¡Qué infeliz
fue su estrella! ¡Desdichada!

Escena X

Los mismos y EL MAESTRE.

REY

Bien venido a nuestros brazos,
maestre de Calatrava.

MARQUÉS

Andáis, hermano indolente,
cuando pruebas se esperaban
en vos de galantería;
que pide una justa usanza

veros hoy de vuestra esposa
codiciando las miradas...

MAESTRE

Acudo al punto a la cita,
y antes de vuestra llegada
tierno y rendido a la vez
vi a mi esposa esta mañana.

EL UJIER

Mi amo, el conde de Treviño,
señor, ausente se halla.

MARQUÉS

¿No está el conde en el palacio?
Ved, príncipe, si era extraña
ni era falaz mi sospecha;
haced que cualquiera dama
de doña Isabel le anuncie
de nuestro rey la llegada.

(EL UJIER saluda, y sale.)

REY

¡Abandonarnos el conde!
Es por cierto cosa rara.

MARQUÉS

Mi corazón, don Enrique,
para el mal nunca se engaña.
¡Es el conde de Treviño
un traidor!

REY

Villena, basta;
¿así le injurias?

EL UJIER

Señor,
la serenísima infanta
doña Isabel ha salido.
Sus criados...

MARQUÉS

Sin tardanza
sus criados aquí vengan.

REY

Mas piensas...

MARQUÉS

¡Luego a las armas,
maestre! ¡A caballo luego!
Ocúpense las entradas
de Valladolid al punto,
y con tu gente y las guardias
del rey, sin más dilación
acude luego a la plaza.

(Al REY.)

Temo que tarde sea ya.
¿Qué esperas? ¿Cumplimentada
no está el orden todavía?

Escena XI

Los mismos, menos EL MAESTRE.

REY

Tal vez piadosa, cristiana,
visita Isabel los templos...
Cuida, don Juan, que sin lágrimas,
sin sangre se arregle todo.
La crueldad me desagrada.

(Durante los versos anteriores da EL MARQUÉS órdenes a varios CABALLEROS,
que salen sucesivamente.)

MARQUÉS

Nada, señor, de violencias;
sangre muy poca reclama
la ofensa de vuestro honor
pero ¿qué veo? ¿La infanta?

Escena XII

Los mismos, LA INFANTA con su acompañamiento, DON FERRÁN, dándole el brazo,
EL ASTRÓLOGO, EL CONDE DE TREVIÑO y EL ARZOBISPO DE TOLEDO.

REY

(Abrazándola con ternura.)

¡Isabel!

ISABEL

¡Hermano mío!

MARQUÉS

(Viendo que permanecen abrazados mucho tiempo.)

Recordad, señor, os ruego
que a su alteza espera luego
la ceremonia nupcial;
cumplida, más libremente
daréis a vuestro amor vado.

REY

¡Yo de abrazarla privado!

MARQUÉS

Mi voz fue siempre leal;
en pro de vos, don Enrique,
y en pro de la infanta suena.

FERRÁN

Un instante, el de Villena;
dejad al rey concluir;
y para hablar a la infanta,
honor de las dos Castillas,
suplicadme de rodillas
que os lo quiera permitir.

(EL MARQUÉS lleva instintivamente la mano a la espada; luego la retira, inclinándose hacia EL REY.)

MARQUÉS

¿Estáis, buen paje, demente?

FERRÁN

Pienso que el cielo propicio
aun me conserva el juicio
y algún valor a la vez;
doña Isabel es mi esposa.

REY

¿Tu esposa?

MARQUÉS

¿La infanta? ¿Cómo?

¿Y en el pecho la ira domo?

¡Qué osada desfachatez!

Presto, caballeros; ¡hola!

¡Prendedle, que yo os lo mando!

(Van algunos CABALLEROS hacia DON FERRÁN.)

FERRÁN

Respetad a don Fernando,

el infante de Aragón.

(Todos se sorprenden y prosternan un poco.)

REY

¡El infante! ¿Tú el infante?

Sed, Príncipe, bien venido.

MARQUÉS

¡El infante! Todo ha sido,

como sospeché, traición.

Pero sepa vuestra alteza

que contrajo enlace nulo.

FERRÁN

Marqués, yo te disimulo,

porque apasionado estás.

MARQUÉS

La princesa prometida

era esposa de mi hermano.

FERRÁN

Yo te juro por su mano

que hablas ya, marqués, de más.

MARQUÉS

Quien defiende su derecho

de hablar le tiene cumplido.

FERRÁN

Marqués, por demás he oído

tu impertinente decir.

Asediado está el palacio,

Pacheco, por gentes mías;

ya ves que tus demasías

fuera insensatez sufrir.

(Aparecen por las puertas hombres de armas.)

MARQUÉS

Don Fernando, ver la muerte
nunca dobla mi entereza;
mandáis vos en mi cabeza,
pero yo en mi corazón.
Heridme; mas no penséis
que me asuste un terror vano;
con la hueste de mi hermano...

FERRÁN

Ya le tengo yo en prisión.

MARQUÉS

Y vos, señor arzobispo...

ARZOBISPO

No os queda alguna esperanza;
yo debía una venganza,
Villena, y os la pagué.

MARQUÉS

Arzobispo de Toledo,
no esa venganza me humilla,
que dirigir la Castilla
con mi limpia espada sé.
El enlace de la infanta...
para bien sea del Estado;
el rito está consumado;
la guerra debe acabar;
y en nombre de la nobleza
que mi juramento abona,
yo os ofrezco la corona;
dignaos, infanta, aceptar.
(Dobla una rodilla.)

ISABEL

Alza, marqués de Villena;
a don Enrique, mi hermano,
a tu único soberano,
se debe esa sumisión.
Yo le rindo mi homenaje.

(Se inclinan la INFANTA y DON FERRÁN al REY, que los abraza enternecido.)

REY

Isabel, hermana mía...

Son lágrimas de alegría
que salen del corazón.

¿Mas quién, infante, os guiaba?

¿Por qué así oculto en mi corte?

¿A quién tuvisteis por norte?

¿Quién os pudo aconsejar?

Que doncel sin experiencia...

FERRÁN

Mi padre el rey lo dispuso,

y por director me puso

a su médico Abiabar.

REY

Ven, astrólogo, a mis brazos.

¿Finaron ya las querellas?

ABIABAR

Dícenlo así las estrellas,

y habrá así de suceder.

Y el nombre de nuestra infanta

en la noche de la historia,

astro será de la gloria,

luz del hispano poder.

Y no empañarán su brillo

los sucesos iracundos,

que otras lenguas y otros mundos

y pueblos le adorarán.

Y el valor y la grandeza

al nombrar las Isabeles,

entre frondosos laureles

en Castilla brotarán.

Que la Primera Isabel

fundará la monarquía,

y dilatará la vía

que corre el fulgente sol.

Y mil naciones y mil

del recóndito occidente

doblarán la oscura frente

al claro nombre español.

Mientras Isabel la Segunda

quebrantará el cautiverio

que afligir puede al imperio
en más apartada edad.
Y cabe al regio dosel,
al son de bélico canto
el numen brillará santo
de honor y de libertad.

FIN DE LA COMEDIA